HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 237
Abril 2023

El fracaso: una puerta hacia la restauración

¡Oh, qué preciosos dones!

Reine en nuestros corazones el puro amor de Dios.

No vayáis a imaginaros que mi alejamiento de vuestro lado y mi silencio exterior me hayan hecho olvidar vuestra caridad para conmigo y la que os debo tener. Me indicáis en vuestra carta que vuestros deseos permanecen tan firmes, tan ardientes y tan continuos como antaño; es señal infalible de que provienen de Dios. Conviene, pues, que pongáis toda vuestra confianza en Dios: tened por seguro que alcanzaréis más de lo que creéis. El cielo y la tierra pasarán antes que falte la palabra de Dios, consintiendo que una persona que confiaba en Él con perseverancia se viese frustrada en su esperanza.

Experimento que continuáis pidiendo a Dios la divina Sabiduría para este miserable pecador mediante cruces; siento los efectos de vuestras plegarias ya que hoy más que nunca me encuentro empobrecido, crucificado, humillado. Hombres y demonios en esta gran ciudad de París me hacen una guerra bien amable y dulce. Si se me calumnia, si se me ridiculiza, si se hace jirones mi reputación, si se llega a encarcelarme, ¡oh qué preciosos dones, oh qué delicados manjares, oh qué encantadoras grandezas! Son el séquito y el equipaje indispensables que la divina Sabiduría hace llegar a las moradas de aquellos en quienes ansía habitar.

Lucio César Rodrigues

San Luis María Grignion de Montfort - Colección privada. Abajo, Calvario de Pontchâteau, ideado por el santo

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT.
Carta a María Luisa de Jesús, noviembre de 1703. In: «Obras». Madrid: BAC, 1954, pp. 98-99.

Liberliger (CC by-sa 4.0)

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXI, nº 237, Abril 2023

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Guatemala
27 av. 2-36 Bajada a Colonia San Lázaro,
zona 15, frente Apartamentos Las Pilas.
Tels: (502) 2246-0000
mailing.admongt@gmail.com

El Salvador
Calle el Picacho, No 27,
Sierras de Santa Elena. Antiguo Cuscatlán.
Tel: (503) 2278-4542
salvafat@gmail.com

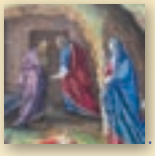
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

El «río chino» (Editorial) 5

La voz de los Papas – Nuestra participación en la Pasión de Cristo 6



Comentario al Evangelio – La aurora marial de la Resurrección 8

El consejo de María 14

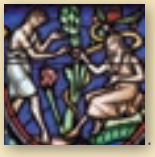
La espiritualidad de Santa Bernadette Soubirous – Equilibrio, fe y humildad 16

«Quedaré más blanco que la nieve» 20

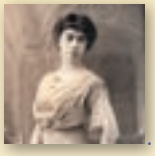
Victimización: ¿Un llamamiento para todos? 23

Convertido por la belleza de la Iglesia 26

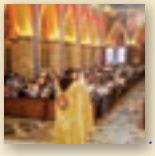
Beato Miguel Rúa – La victoria de Don Bosco 30



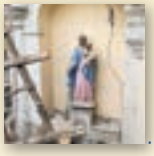
La grandeza del fracaso 34



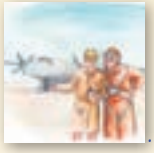
Educadora eximia, madre extremosa 38



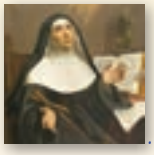
Heraldos en el mundo 40



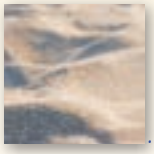
Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44



Historia para niños... – ¡Escucha ese consejo! 46



Los santos de cada día 48



¿Como granos de arena? 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.gt**

Escriben los lectores

Verdad, sabiduría y fe en el comentario al Evangelio

Soy lector de la revista *Heraldos del Evangelio* desde sus comienzos. Cada nuevo número se supera a sí mismo, y siempre es una grata sorpresa. La sección que más me gusta es *Comentario al Evangelio*, de Mons. João Scognamiglio Clá Dias; pero al leer el del pasado enero me quedé estupefacto ante tanta verdad, sabiduría y fe de su autor.

Una vez más, gracias y felicitaciones por elaborar y difundir la mejor revista católica del mundo. Bendiciones para todos los Heraldos.

Antonio Modernell
Mercedes – Uruguay

Un Corazón que es nuestro, dependiendo de nuestra entrega

En el texto de San Juan Eudes, titulado *«Volved a mi Corazón, que es todo vuestro»*, él nos enseña a acoger al Corazón de Jesús para nuestra salvación, la cual depende de cuánto estemos dispuestos a dar de nuestra parte.

Luis Gavilánez
Vía revistacatolica.org

Ejemplo de mujer, esposa y madre

Doña Lucilia es un ejemplo de mujer, esposa y madre, como se puede comprobar en el artículo *Infalible socorro materno*. Todos esos ejemplos nos ayudan, hoy día, a ser mejores como mujeres, esposas y madres.

Elizangela Alexandrino
Vía revista.arautos.org

Ser de Dios o del mundo...

Leyendo el artículo *La Compañía de Jesús ante las persecuciones – ¡Resistencia y reacción!*, me vino inmediatamente un *flash* pensando en la Compañía de Jesús y su lucha heroica ante las difamaciones y persecuciones de la época. En la Iglesia, muchas personas marcaron su historia por sus virtudes heroicas.

Así, nosotros, los católicos del siglo XXI, debemos seguir su ejemplo, enarbolando nuestra bandera de rectas e íntegras intenciones, en este mundo de pecado y alejado de Dios, siendo luz en las calles, los ambientes, el trabajo, etc., luchando contra el Maligno y defendiendo la verdad de Nuestro Señor Jesucristo, incluso hasta dar la vida si hiciera falta. ¡O somos de Dios o somos del mundo!

Carmen Pardo
Madrid – España

Ufanía de contribuir a la labor de los Heraldos

Me complace bastante aprovechar esta oportunidad que se me brinda de poder escribirles para darles mi modesta opinión sobre sus actividades. Me enorgullece lo que hacen: me ufana el ayudar, con una pequeña contribución anual, a su y nuestra asociación, que pone en práctica los valores cristianos, el apoyo, la esperanza y el amor. No soy quién para instarles a seguir en este camino, pero les reitero mi enorme reconocimiento. Muchísimas gracias.

Agostino Perri
Italia – Vía email

Sabiduría en los comentarios y fe en los corazones

Solamente unas líneas con la finalidad de desearles a los Heraldos del Evangelio, esta bendita asociación, que Dios la guarde muchos años para que sigan difundiendo en todo el mundo el amor a Dios y a su Madre Santísima de Fátima.

Quiero manifestarles mi agradecimiento más sincero por enviarme todos los meses, puntualmente, la ilustrísima revista *Heraldos del Evangelio*. Leo detenidamente todos los artículos que escriben los hermanos heraldos, muy interesantes para todos los católicos. Con cuánta sabiduría eligen los comentarios, con una fe intensa en sus corazones. Nos quedamos los lectores de esta revista, emocionados con sus santas palabras. Nos hacemos cada día más creyentes. Los animamos a que sigan editando mensualmente este regalo del Cielo.

Antonio Díaz del Río
Madrid – España

Pedido de un ejemplar

¡Alabado sea Dios ahora y siempre! Nuestra Señora de las Victorias, ruega por nosotros. ¿Cómo puedo conseguir un ejemplar de la revista *Heraldos del Evangelio*, de la edición de febrero de 2023, con su santidad el papa Benedicto XVI? Me gustaría mucho tener uno. Muy agradecido por su atención.

John knipper
Vía catholicmagazine.news

Oración llena de gratitud

Hermosa reflexión en el artículo de diciembre, titulado *Presencia regia y victoriosa del divino Infante*. Ayuda a mi familia, mi Niñito Jesús; en especial, te pido por la conversión de mi marido, y también para corregir todos mis defectos. Ayúdame a conservar mi familia, aleja nuestros enemigos. Madre Santísima, cúbrenos con tu santo manto, y que mis hijos siempre conserven la fe que les transmito. Te ruego también por todas las familias del mundo entero.

Victoria Bearzi
Vía revistacaolica.org

Recemos diariamente el rosario

La Santísima Virgen nos dice que el rosario es la mejor arma que podemos llevar, como nos lo recuerda el artículo *El Santo Rosario – Arma eficaz contra los enemigos de Dios*. Nos aconseja que lo recemos diariamente y que siempre lo llevemos en el bolsillo.

Rafael María
Vía revistacatolica.org

El «río chino»

De entre las diversas metáforas que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira usaba para describir el recorrido del ser humano en esta tierra, ocupa una mención especial la que él llamaba «río chino».

Como es sabido, a causa de la accidentada topografía de China, sus cursos de agua atraviesan tramos particularmente tortuosos. A veces, incluso parece que los afluentes van a regresar a la fuente, cuando, en realidad, tan sólo están sorteando obstáculos y concentrando energía para desembocar en el río principal y continuar flujo hacia el mar.

Algo similar ocurre en nuestras vidas, inundadas de problemas aparentemente insolubles, cuando no de angustiosos estancamientos en un verdadero «valle de lágrimas», como nos recuerda la oración de la salve.

A veces nos engañamos pensando que avanzar velozmente en línea recta por el río es sinónimo de acierto en el trayecto elegido; sin embargo, al final podemos encontrarnos con un desfiladero sin salida… En este sentido, advertía San Agustín: «*Bene curris, sed extra viam*», corres bien, pero fuera del camino. De nada sirve correr mucho, hay que correr en la pista adecuada. En efecto, en el mundo activista en que vivimos estamos tentados a creer que nuestro éxito se mide por la intensidad de la acción —o actividad febril. No obstante, ¡las aguas agitadas no reflejan el cielo! Y más: las máquinas ruidosas son, por lo general, las menos productivas…

Con todo, en nuestra navegación cotidiana no siempre sabemos si vamos por el buen camino. ¿Cómo hemos de proceder? Incluso en la tempestad y con Jesús «dormido» en la barca, debemos confiar en que Él tiene el timón en sus manos (cf. Mc 4, 35-41).

El Señor permite que pasemos por infortunios precisamente para probarnos. En estas encrucijadas de la vida, no seamos como los discípulos, que en aquellos días de borrasca vituperaban: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (Mc 4, 38). La respuesta de Jesús sintetiza cuál debe ser nuestro estado de espíritu en situaciones de crisis: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (Mc 4, 40). Ante todo, es necesario coraje y confianza.

De hecho, los santos se forjaron en la docilidad a los designios del Altísimo y en la certeza de que Él dirigía la embarcación de sus vidas. Para algunos teólogos, la esencia de la santidad no consiste simplemente en la práctica constante de las virtudes o en el estado de perfección —si bien sean éstos condiciones fundamentales—, sino sobre todo en el abandono a la Divina Providencia o, en otras palabras, en la conformidad de nuestra voluntad con la divina. A fin de cuentas, como señala el Apóstol, nada «podrá separarnos del amor de Dios» y, «si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rom 8, 39.31).

Ésa fue precisamente la actitud de la más santa de las criaturas: la Santísima Virgen. Ante el *impasse* creado por el anuncio del ángel, del cual pendía la Redención de toda la humanidad, María se entregó enteramente en manos de la Providencia: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

La confianza en Dios debe ser tal que, si fuera preciso, el «río chino» puede incluso hasta estancarse, como ocurrió con el mar Rojo, para proteger al pueblo elegido. Sin embargo, no nos olvidemos de que las aguas también «volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó» (Éx 14, 28). Así, los ríos chinos seguirán haciendo su curso en la historia. ✧

«Descenso de Jesús al limbo», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Foto: Reproducción

Nuestra participación en la Pasión de Cristo

En Lourdes, la Virgen enseña el valor redentor del dolor; da coraje, paciencia, resignación; eleva la mirada interior a la felicidad verdadera y total, que Jesús nos ha asegurado y preparado más allá de la vida y de la historia.

En este día tan significativo, en el que recordamos la primera aparición de María Santísima en Lourdes, elevemos también nosotros al Señor, con sus propias palabras, el himno de alegría y de gratitud: «Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación». […]

La primera lectura nos ofrece una reflexión sobre las palabras del profeta Isaías, que durante el exilio confortaba al pueblo de Israel con la perspectiva de volver a Jerusalén, la Ciudad Santa, y con la certeza de que, a pesar de todos los dolorosos acontecimientos vividos, Dios no había abandonado al pueblo de la alianza y continuaba siendo su alegría y consuelo siempre: «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados. Al verlo, se alegrará vuestro corazón» (Is 66, 13-14).

Recordando las apariciones de Nuestra Señora en Lourdes, podemos aplicarnos también a nosotros y a nuestra historia las palabras del antiguo profeta: Dios quiso que María Santísima se apareciera dieciocho veces a la pequeña Bernadette, del 11 de febrero al 16 de julio de 1858, para dejar un mensaje de consuelo y de amor a la Iglesia y a toda la humanidad.

El sentido de la vida en la tierra es su orientación hacia el Cielo

De hecho, en estas apariciones hay un significado que permanece siempre vigente, y que debemos conservar y meditar como preciosa herencia. A mediados del siglo pasado, mientras el racionalismo y el escepticismo se extendían insidiosamente, María, aquella que creyó en la palabra del Señor, venía a ayudar y a confirmar en la auténtica y genuina fe cristiana a la familia de los creyentes.

En Lourdes, María le recordó al mundo que el significado de la vida en la tierra es su orientación hacia el Cielo. Como el pueblo de Israel, también la humanidad está en camino, y su meta es la Jerusalén celestial. Las palabras del profeta Isaías son válidas para los hombres de todos los tiempos, son válidas también para nosotros: «En Jerusalén seréis consolados». La perenne tentación del hombre, tentación que el progreso de hoy hace particularmente sutil y atrayente, es la de circunscribir a la tierra toda perspectiva, concentrando todos los esfuerzos en la construcción de una morada terrenal cada vez más cómoda y segura.

> *El significado de la vida en la tierra es su orientación hacia el Cielo, de donde el hombre debe adsorber consejo y esperanza*

La fe, ciertamente, no condena el compromiso de mejorar las condiciones de vida en la tierra. Al contrario, enseña que este compromiso debe ser visto e interpretado en la perspectiva de la tarea de dominar la tierra, encomendada por Dios al hombre desde el comienzo de su historia. Lo que la fe no admite es que el período terrenal sea entendido por el hombre como la fase definitiva de su existencia, porque sólo es una fase provisional, a ser vivida según el verdadero punto de llegada, situado más allá del tiempo, en el ámbito de lo eterno.

La Virgen, en Lourdes, vino a hablarle al hombre del «Paraíso», para que, al comprometerse activamente

Gustavo Kralj

Reproducción

Gruta de Massabielle - Lourdes (Francia).
En el destacado, Santa Bernadette Soubirous el 18/10/1864

en la construcción de un mundo más acogedor y justo, no olvide levantar los ojos al Cielo para atraer el consejo y la esperanza.

El valor redentor del dolor

La Santísima Virgen vino también a recordarnos el valor de la conversión y de la penitencia, proponiendo una vez más al mundo el núcleo del mensaje evangélico. Le dijo a Bernadette, en la aparición del 18 de febrero: «Prometo hacerte feliz, no en este mundo, sino en el otro». Luego la invitó a rezar por los pecadores, y el 24 de febrero repitió tres veces: «¡Penitencia, penitencia, penitencia!». En Lourdes, María indica y subraya la realidad de la redención de la humanidad del pecado a través de la cruz, es decir, a través del sufrimiento. Dios mismo, habiéndose hecho hombre, quiso morir inocente, siendo clavado en una cruz.

En Lourdes, Nuestra Señora enseña el valor redentor del dolor; da coraje, paciencia, resignación; ilumina sobre el misterio de nuestra participación en la Pasión de Cristo; eleva la mirada interior a la felicidad verdadera y total, que el mismo Jesús nos ha asegurado y preparado más allá de la vida y de la historia.

Estando enferma, Bernadette respondió a los que le sugerían que fuera a la gruta para ser curada: «Lourdes no es para mí. Es necesario que sufra»

Bernadette, que había entendido perfectamente el mensaje de María, se hizo religiosa en Nevers y, estando gravemente enferma, respondió a quienes la invitaban a ir a la gruta de Massabielle para pedir su curación: «¡Lourdes no es para mí!». En medio de fuertes ataques de asma, a la novicia enfermera que le preguntó: «¿Sufre mucho?», le respondió con sencillez: «¡Es necesario!».

Invitación a la oración humilde y confiada

Finalmente, el mensaje de Lourdes se completa con la invitación a la oración: María aparece en actitud de oración, quiere que Bernadette rece el rosario con su propia corona personal, pide que se construya una capilla en ese lugar y que la gente vaya allí en procesión. Esto es también una recomendación para siempre. Nuestra Señora de Lourdes vino a decirnos, con la autoridad y bondad de una madre, que si de verdad queremos mantener, fortalecer y expandir la fe cristiana, es necesaria la oración humilde y confiada. […]

En la biografía de Santa Bernadette leemos que el jueves 3 de junio de 1858 recibió la Primera Comunión. Le preguntaron qué es lo que le gustaba más: ver a la Virgen o recibir la Primera Comunión. Pronta e inteligentemente respondió: «No se pueden hacer comparaciones; sólo sé ¡que ambos hechos me hicieron completamente feliz!».

Os deseo también a vosotros, hermanos y hermanas, que seáis serenos, o mejor aún, ¡felices como Bernadette, porque estáis sostenidos por la fuerza de la fe y unidos a Jesús eucarístico y a María Santísima! […]

Que María, auxilio de los cristianos, esté a vuestro lado en todas las circunstancias de vuestra vida, para sosteneros en el camino que la Providencia traza ante vosotros, día tras día, en un plan de amor, cuya revelación final será fuente de alegría por toda la eternidad. ✧

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II. *Homilía en la misa con los enfermos*, 11/2/1987.

San Pedro y San Juan ante el sepulcro vacío - Monasterio de San Millán de la Cogolla (España)

Francisco Lecaros

Evangelio

[1] El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. [2] Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». [3] Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. [4] Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; [5] e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. [6] Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos [7] y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. [8] Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. [9] Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos (Jn 20, 1-9).

Comentario al Evangelio –
Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

La aurora marial de la Resurrección

La liturgia nos invita a participar de la alegría que inundó al Señor en el instante entre todos grandioso en el cual Él volvió a unirse a su sagrado cuerpo. A fin de que nos hagamos una idea de este gozo, podemos contemplar su eco fidelísimo en el Corazón de María.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – Escudriñando el Secreto de María

La alegría de la Resurrección del Señor es un misterio impenetrable para el común de los hombres. ¿Cómo medir la altura, la extensión y la profundidad del gozo casi infinito que inundó el Corazón de Jesús al recuperar su cuerpo y elevarlo al estado glorioso, triunfando de forma definitiva sobre el pecado y la muerte? Se trata de una realidad tan sublime que supera con creces nuestra pobre inteligencia. Pese a ser verdadero hombre, el Señor echa las raíces de su personalidad en la Persona del Verbo por la gracia de la unión hipostática. De esta manera, su identidad es plenamente divina y, por tanto, sus sentimientos y emociones llegan a tal auge de perfección que de algún modo se vuelven inalcanzables para nosotros.

Así pues, para que conozcamos lo más aproximadamente posible el júbilo experimentado por Jesús en la victoria de la Pascua, la divina Sabiduría nos ha dado a la Virgen María, Madre y Cooperadora del Redentor. Nuestra Señora fue una caja de resonancia fidelísima de la inefable complacencia de su Hijo, porque a Él estuvo estrechamente vinculada en toda la epopeya de la salvación.

Arquitectónica Corredención de María

La Santísima Virgen es, en el más alto sentido del término, la Corredentora de los pecadores. Aunque su cooperación en la Pasión de Cristo no fuera *per se* necesaria, lo fue por voluntad del Padre de las Luces, que en sus divinos arcanos determinó darle al Nuevo Adán una compañera fiel, en contraposición a la primera mujer prevaricadora que arrastró a Adán al abismo del pecado. Por esta razón, los más antiguos Padres de la Iglesia designan a María como la Nueva Eva, toda santa, inmaculada y obediente. Su cooperación reparó de la forma más bella la falta de la primitiva pareja, culpable de rebeldía y causante de las desgracias de la humanidad.

San Juan, en su Evangelio (cf. Jn 19, 25-27), insiste en subrayar el papel compasivo de la Virgen Madre a la sombra de la cruz. Permaneció en pie presenciando el sacrificio del Cordero de Dios y, con espíritu sacerdotal, lo ofreció al Padre celestial haciendo un acto de suprema sumisión. Los atroces dolores del Hijo fueron compartidos por la Madre, que junto a Él se inmolaba con ardiente deseo de arrancar de las inmundas garras de Satanás a las almas atadas por el pecado y esclavizadas por la muerte.

Unidos en el dolor, inseparables en la victoria

En consecuencia, los Corazones sufrientes de Jesús y de María, unidos y como unificados por los mismos padecimientos y por idéntica caridad, debían experimentar al unísono las consolaciones de la Resurrección. Por eso, numerosos santos afirman que la Virgen fue la primera en encontrarse con el Señor aquella madrugada cargada de bendiciones de la verdadera Pascua.

¿Cómo medir el gozo del Corazón de Jesús cuando triunfó de forma definitiva sobre el pecado y la muerte?

Sin embargo, nuestra piedad filial nos lleva más allá. Por el estrecho vínculo sobrenatural existente entre ambos y por el don de la permanencia de las especies eucarísticas, ciertamente María Santísima siguió paso a paso, en su interior, todos los episodios de la Pasión de su Hijo, así como la Resurrección. Después debió haber recibido la visita de Jesús pleno de vida y de regocijo, siendo entonces su espíritu maternal colmado de las más sublimes alegrías.

En esa contemplación del Corazón jubiloso de María, abrazado dulcemente por su Hijo triunfador, es donde podemos elevarnos a la altura del magno acontecimiento que hoy consideramos.

En el Corazón de María podemos contemplar, como en un purísimo espejo, los verdaderos fulgores de la Resurrección del Señor

II – Los primeros signos de una victoria anunciada

El Evangelio de este Domingo de Pascua presenta de manera sucinta los primeros indicios de la Resurrección, percibidos con dificultad por los discípulos y las Santas Mujeres. En efecto, se trataba de corazones demasiado terrenales e imperfectos hasta ese momento, que no estaban aún preparados para abrirse al fulgor del evento más grandioso de la historia.

Esta dureza de espíritu se hace evidente en la narración del episodio de la Transfiguración que nos hace San Marcos (cf. Mc 9, 2-13). Después de su manifestación en lo alto del monte, Jesús les impuso a los tres testigos escogidos reservas sobre lo sucedido, hasta que Él resucitara de entre los muertos. Los apóstoles obedecieron al Maestro, sin comprender, no obstante, qué significaba esa referencia a la resurrección de entre los muertos. Más adelante, en el mismo Evangelio (cf. Mc 9, 31-32), el Señor les revela a todos los discípulos su futura muerte y resurrección. Tampoco entendieron lo que se les estaba anunciando y tenían miedo de preguntar.

Será, con toda seguridad, gracias a la convivencia con la Corredentora cuando San Pedro y San Juan, así como los demás discípulos, abrirán sus ojos nublados por la tristeza a la maravilla divina que acababa de ocurrir. Si bien que sus limitaciones nos servirán de peldaños para ascender hacia la perfección del gozo que conmovió, con ímpetu irresistible, lo más hondo del Inmaculado Corazón de María.

Un amor fogoso, pero imperfecto

[1] El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Santa María Magdalena es un personaje de extraordinaria riqueza. Pecadora arrepentida después de tristes reincidencias (cf. Lc 8, 2), muestra una humildad y un amor ardientes al regar los pies de Jesús con lágrimas sinceras y delicado perfume (cf. Lc 7, 37-38). En Betania, protagoniza el episodio relatado por San Lucas, en el que el Señor reprende la inquietud de Marta, su hermana, atareada en servir a los huéspedes, y exalta a María por haber escogido la mejor parte (cf. Lc 10, 38-42). Y para culminar una convivencia asidua y maravillosa con el Redentor, presencia la resurrección de su hermano, Lázaro, que, muerto hacía cuatro días, sale de su tumba andando por sí mismo, ante numerosos testigos estupefactos con el poder del divino Taumaturgo.

Ella es quien, cubierta aún por el manto de la noche, se dirige con presteza al sepulcro, llevada por el fogoso y casto amor que le tributaba a Jesús. Y si es admirable esta actitud, por otra parte, nos asombra el hecho de que María Magdalena ni siquiera sospechara que el Maestro no podía yacer entre las garras de la muerte, habiéndola derrotado en numerosas ocasiones. La llama de la caridad ardía en su alma, pero de modo imperfecto, por tener una fe aún vacilante.

Tal virtud, por el contrario, brillaba con esplendor sereno y vigoroso en el Corazón Inmaculado de María. Como reza la liturgia, la Virgen permaneció fiel junto al «altar de la cruz»,[1] sostenida por la esperanza de la Resurrección. Su fe en esta circunstancia, la más dramática que los siglos han conocido, es calificada de intrépida.[2] Se trataba de una fe multiplicada por la fe, un auge de certeza del éxito en medio del valle profundo y oscuro del aparente fracaso. Bien se puede afirmar que las tinieblas del Viernes Santo fueron derrotadas por la luz marial que brillaba en su interior, confirmándola en la convicción absoluta de un triunfo próximo, retumbante y completo.

Esta fe audaz hizo de la Virgen la dama más valiente de la historia. Las mujeres providenciales del Antiguo Testamento —como Judit, Ester o Débora— y también las mártires más intrépidas que iluminaron el firmamento de la Iglesia con su valentía, deben su espléndido don de fortaleza a la intercesión de la Virgen de las vírgenes, que venció con Jesús al príncipe de este mundo y a sus secuaces. Incluso la osadía de Santa Juana de Arco, la virgen guerrera de Domrémy, envuelta en esplendores de color azul y plata, no es más que una participación de la valentía de aquella que es

Reproducción

«La Resurrección de Cristo», de Fra Angélico - Museo Nacional de San Marcos, Florencia

«bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla» (Cant 6, 10 Vulg.).

Así pues, la visión de la piedra quitada de la entrada del sepulcro, que tanto aturdió a María Magdalena, en modo alguno podría dejar chocado el espíritu cristalino y luminoso de Nuestra Señora. Confortada por la visita de Jesús, que la consoló mostrándose más fulgurante y filial que nunca, Ella exultaba en su alma con una alegría incomparablemente superior a los desgarradores dolores de la Pasión.

Sin la luz de la fe, todo son tinieblas

[2] Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Llama la atención que María Magdalena saliera en busca de San Pedro y de San Juan y no de la Virgen. Por algún motivo misterioso, Nuestra Señora vivía los acontecimientos vinculados a la Resurrección en un cierto aislamiento. Quizá la incredulidad de los discípulos les impidiera procurar su presencia y pedir su consejo.

La falta de fe de la Magdalena hacía que todo fuera tinieblas en su espíritu. El hecho de que el sepulcro estuviera abierto, en vez de constituir un signo de la victoria de Cristo, se le presentaba como el resultado de un robo sacrílego: habrían sustraído el cuerpo del Señor y dejado en un lugar desconocido. Consecuencia de este estado de alma fue la agitación febril con que corrió a fin de comunicarles a los apóstoles la noticia.

La Virgen permanecía en esos momentos en una paz inefable, iluminada por un gozo sacro y elevado. Tal vez fuera confiriendo en su corazón las profecías sobre la muerte y resurrección de su Hijo, las cuales se habían cumplido admirablemente y componían en su espíritu un maravilloso vitral atravesado por los rayos del auténtico Sol invicto.

Cuando el resplandor de la esperanza no ilumina las almas, todo se oscurece y no hay poder terrenal capaz de disipar las sombrías tristezas de los corazones. Sírvanos de lección para nosotros, inmersos en un mundo tomado por las efímeras comodidades y seguridades derivadas de toda clase de avances científicos y tecnológicos, que le dio la espalda a cualquier perspectiva de eternidad. Vivir sin fe equivale a reducir la humanidad a una nueva era de las cavernas, en donde sucedáneos de luz engañan a una multitud de individuos embaucados por el mito del progreso. No obstante, los crecientes niveles de trastornos psicológicos fruto de la ansiedad, depresión y delirio, muestran cómo la voluntad humana aspira a un amor infinito, que sólo Dios puede conceder.

Antes y después de María

[3] Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. [4] Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; …

Los dos discípulos parten a toda prisa, sin la mínima reflexión, en dirección al santo sepulcro. En cierto modo, eran culpables de la ceguera de los demás, puesto que San Pedro había sido constituido como príncipe de los Apóstoles y San Juan había recibido como herencia la custodia de la Virgen. Ambos tan sólo veían la realidad concreta; la óptica de la fe no brillaba en sus corazones. Debían haber sido los abanderados de la esperanza, pero se dejaron contagiar por el nerviosismo de la informante y salieron, raudos, a ver con la vista de la carne lo que la mirada interior no podía contemplar.

La visión de la piedra quitada de la entrada del sepulcro, que tanto aturdió a Santa María Magdalena, no le asombraría a la Santísima Virgen

En este punto, destaca el papel de Nuestra Señora como portadora de la antorcha de la certeza durante el momento terrible de la prueba. Cuando los pilares de la Iglesia eran sacudidos por el cruel desmentido de la cruz, una llama ardía con intensidad admirable: era la Santísima Virgen la que, con fidelidad adamantina, custodiaba intacto en su Doloroso e Inmaculado Corazón el admirable depósito de la fe. Ella fue el arca venerable que, en medio del diluvio de la Sangre del Calvario, albergó el fuego sagrado de la verdad, el cual en Pentecostés se transformaría en un incendio irresistible, extendiéndose por los cuatro rincones de la tierra.

Cuando los pilares de la Iglesia eran sacudidos por el cruel desmentido de la cruz, la Virgen custodiaba en su Corazón el admirable depósito de la fe

Vemos, por tanto, cómo es posible considerar un antes y un después de María en la historia de la Iglesia. Sólo a través de Ella quiso su Hijo derramar sus mejores gracias sobre los Apóstoles y sobre la Iglesia.

Inmaculado Corazón de María - Iglesia de Santa Cecilia, São Paulo

Caridad jerárquica

[5] e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

San Juan supo honrar la venerable edad de San Pedro, pero principalmente su condición de jefe de la Iglesia. El hecho de no querer entrar en el sepulcro antes que él indica una actitud respetuosa, que subraya el carácter jerárquico de la caridad cristiana, la cual, al contrario de la demagogia igualitaria, prima en la observancia del orden instituido por Dios en todas las realidades creadas y, de manera especial, en el Cuerpo Místico de Cristo.

Dicha actitud, sin duda, le obtuvo al Discípulo Amado gracias preliminares a la fe en la Resurrección. En ella se percibe la influencia de María Santísima, quien en su profunda humildad se complacía en honrar toda clase de superioridad, olvidándose de sí misma y de sus regias prerrogativas.

El primer indicio de la Resurrección

[6] Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos [7] y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte.

Finalmente San Pedro alcanza a San Juan y, sin titubear, entra en la tumba, acción prohibida a los judíos. Ve las vendas de lino que envolvieron el cuerpo —un «gran tejido», según traducciones más recientes de los originales griegos, lo que permite identificarlas con la Sábana Santa de Turín— y observa que el sudario que fue puesto en el rostro de Jesús estaba en un lugar aparte.

Ahora bien, si unos ladrones hubieran robado el cuerpo, no se habrían tomado el cuidado de quitar los lienzos ni de plegar el sudario mortuorio. ¿Qué significaba todo esto? Pedro consideró esos detalles, aunque no descubrió en ellos el primer indicio de la Resurrección. Si en aquel momento hubiera analizado los lienzos —la Sábana Santa—, al ver las marcas discretas pero inconfundibles del divino Maestro habría caído de rodillas y de sus labios brotado la más bella confesión de fe. Sin embargo, el miedo que la situación bochornosa le provocaba dejó paralizado su espíritu.

Absolutamente diferente habría sido la actitud de Nuestra Señora: propensa a adorar cualquier vestigio de su divino Hijo, habría venerado aquellas reliquias con torrentes de entusiasmo y, ante sus ojos, se revelaría el extraordinario secreto que la Sábana Santa contenía. ¡Solamente vuelan las inteligencias que se dejan llevar por las alas de la convicción de la victoria!

Se enciende la llama de la fe, por la influencia de María

[8] Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. [9] Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos.

Los discípulos no lo comprendían porque les faltaba la principal herramienta para escudriñar la

Sagrada Escritura: la virtud de la fe. Cuánta dureza de corazón nos indica tal carencia. Jesús había revelado con claridad cuál sería el final de su vida en esta tierra, subrayando que vencería para siempre al demonio y a la muerte. No obstante, el deseo de considerar al divino Maestro según las empañadas influencias de la opinión pública dominante los volvió sordos a las profecías del Hijo de Dios. La falta de fe engendra superficialidad de espíritu, vicio al que se le suma infaliblemente la pusilanimidad.

Juan, el apóstol mariano por excelencia, fue el primero en creer. Aquellos signos le sirvieron de chispa divina para reavivar la llama de la fe en su alma. Vio y creyó, sin duda por la benéfica influencia de la maternidad espiritual de la Santísima Virgen, que se ejercía de forma especial sobre el Discípulo Amado desde que éste la había recibido como herencia en el Calvario.

III – La Pascua a la luz de María

Nuestra Señora siempre fue un mar de recogimiento profundo, trasparente y virginal. Ella guardaba y confería en su corazón cada gesto y cada palabra de su divino Hijo, con una sed infinita de comprender y de amar el significado de los más variados matices que sobre Él iban siendo revelados. De este modo, su espíritu se volvió perseverante, fuerte, resistente. Ella permaneció de pie junto a la cruz, acompañada únicamente por las Santas Mujeres y San Juan, que por Ella nutría un filial cariño. Los demás discípulos se mantuvieron distantes y medrosos.

Sólo María pudo con toda propiedad sufrir con el Cordero Inmaculado y unirse a Él en el sacrificio que hacía de sí mismo. La Virgen fue, de alguna manera, víctima con la suprema Víctima y sacerdote con el divino Sacerdote. No es un sacerdocio sacramental, como el de los obispos y presbíteros, sino una participación directa en el propio sacerdocio de Jesús, sumo pontífice de la nueva y eterna alianza, quien, en este caso particularísimo, le daba la prerrogativa de, al consentir en cada paso de la Pasión de su Hijo, fuera Ella misma en cierto modo la que lo ofrecía al Padre. Nuestra Señora se convirtió, por tanto, en Corredentora con el Redentor, gloria quizá superada solamente por la maternidad divina.

Y si ardua fua la lucha, altísimo fue el premio e indecible la alegría. Contemplando este gozo mariano que se encendió en el preciso momento en el que el Señor de la gloria retomaba su cuerpo, podemos elevarnos a la felicidad sin límites que inundó para siempre el Corazón Sacratísimo de Jesús en el domingo más hermoso de la historia.

Una Iglesia marial

A la vista de este Evangelio y de la discreta referencia a la fe de la Santísima Virgen que se descubre en sus entrelíneas, surge una cuestión de capital importancia con respecto al futuro de la Iglesia.

Si el papel de María, Madre de Dios y nuestra, fue crucial con ocasión de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, en el sentido de manifestar con un esplendor único la virtud de la esperanza, tan ofuscada en el espíritu de los discípulos, ¿cuál será su misión en la actual coyuntura, en que la verdad revelada es olvidada, ridiculizada e incluso pisoteada por lobos disfrazados de pastores?

Además, si Jesús quiso que el don precioso de la fe fuera conservado por su Madre cuando todos vacilaban, ¿no le habrá consagrado a Ella la tarea de velar con maternal solicitud por la integridad de la fe de los «Apóstoles de los últimos tiempos», anunciados por profetas de la talla de San Luis María Grignion de Montfort? ¿Y cómo será esta virtud en hombres y mujeres llamados a esperar contra toda esperanza? En vista de las consideraciones hechas anteriormente, se puede presagiar una fe toda marial y, por tanto, una fe audaz, invencible y gloriosa; una fe ardiente, que incendiará el mundo y renovará la faz de la tierra, inundándola de exultación.

De esta fe nacerá una Iglesia marial, capaz de atraer irresistiblemente a las almas que se conviertan ante las manifestaciones imponentes de la misericordia y de la justicia de Dios; una Iglesia que, como Nuestra Señora, será guerrera indomable y, con la fuerza que le vendrá del Espíritu Santo, expulsará hacia los antros infernales a Satanás y sus secuaces; una Iglesia radiante de santa alegría, animada de entusiasmo divino, que con la sonrisa de la Virgen Madre iluminará de forma irresistible el universo entero. ✧

Nuestra Señora velará para que la fe de los «Apóstoles de los últimos tiempos» renueve la faz de la tierra y dé origen a una Iglesia marial

---

[1] LA VIRGEN MARÍA JUNTO A LA CRUZ DEL SEÑOR (I). Oración sobre las ofrendas. In: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Misas de la Virgen María. Misal.* Madrid: Libros Litúrgicos, 2012, p. 73.

[2] Cf. BENEDICTO XVI. *Acto de veneración a la Virgen Inmaculada en la plaza de España*, 8/12/2007.

El consejo de María

Ella se compadece de los hombres desorientados y les obtiene un auxilio, una luz interior, un discernimiento especial… María Santísima siempre tiene una palabra que transmitir en los momentos de duda y aprensión.

Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

Embellecida con las gracias más insignes, María ha sido, y siempre lo será, objeto de filial admiración. En efecto, los fieles de todos los tiempos contemplan los encantos de su alma santísima, la insondable dimensión de sus virtudes y la magnificencia con que la coronó el Señor, concediéndole —sin medida propiamente— todos los dones.

De entre los más hermosos títulos atribuidos a la Virgen por la piedad católica se encuentra el de Madre del Buen Consejo, el cual expresa una sublime realidad: además de haber engendrado al «admirable Consejero» (cf. Is 9, 5), fue colmada de las maravillas obradas por el Espíritu Santo a través del don de consejo.

¿Cómo habrá sido la actuación de este don en aquella que fue perfecta desde su concepción y digna de ser invocada como «llena de gracia» (Lc 1, 28)?

Dones y virtudes en el camino a la santidad

El hombre fue creado para conocer, amar y servir al Señor en esta tierra, y darle gloria en el Cielo por toda la eternidad. Llamado a participar de la vida divina, es elevado por el sacramento del Bautismo al orden sobrenatural y admitido como hijo de Dios en el seno de la Santa Iglesia.

Junto con la gracia santificante, en el Bautismo son infundidas en el alma del cristiano las virtudes teologales y cardinales, que lo disponen a llevar a cabo obras buenas.[1] No obstante, considerando que la voluntad del hombre se debilitó después del pecado original y que las virtudes ya no le son suficientes para alcanzar la santidad, el Altísimo le concede los siete dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios, los cuales son hábitos sobrenaturales infusos que actúan sobre las virtudes, robusteciéndolas y conduciéndolas a su pleno desarrollo.

El alma recibe a través de los dones no sólo una invitación sobrenatural para hacer el bien o evitar el mal —como es propio de las virtudes—, sino una moción especial del Espíritu Santo que le impele a ejecutar aquello que Dios desea.[2] De modo que exigen más docilidad que actividad, como el marinero que o bien puede valerse de los remos, o bien dejarse llevar por la fuerza del viento que hinche las velas de su embarcación. Las virtudes ayudan a avanzar —aunque con trabajo y dificultad—, mientras que los dones impulsan al alma a obedecer con prontitud las más mínimas inspiraciones de la gracia.

Por otra parte, cada uno de los siete dones está relacionado de manera especial con la perfección de alguna virtud. De suerte que la caridad se perfecciona mediante el don de sabiduría; la fe, con los dones de ciencia y entendimiento; la esperanza y la templanza, con el don de temor; la prudencia, con el don de consejo; la justicia, con el don de piedad; la virtud de la fortaleza, con el don de fortaleza.

El don de consejo

Así pues, el don de consejo es un hábito sobrenatural que le da al alma la capacidad de juzgar con prontitud y seguridad, por una especie de intuición, lo que conviene hacer, ante todo en los casos más dificultosos. Su objeto propio es «el recto gobierno de nuestras acciones particulares».[3] Nos permite conciliar la sencillez con la astucia, la firmeza con la dulzura, y nos auxilia en el camino hacia Dios.

Este don acaba siendo una discreta luz que nos guía entre las oscuridades de la fe y hace que nuestras almas se vuelvan misericordiosas a medida que son acrisoladas por los sufrimientos, por sus propios defectos y debilidades, e incluso por la verificación de la maldad humana.

El consejo en María

Los dones del Espíritu Santo, al ser hábitos sobrenaturales, siguen proporcionalmente a la gracia, de tal manera que cuanto más elevada es un alma, más intensa se constata la actuación de los dones en ella. En María Santísima, consecuentemente, alcanzaron

Gustavo Kralj

A través del don de consejo, la Virgen transformaba en actos concretos las más altas luces recibidas en la contemplación

Madre del Buen Consejo - Santuario dedicado a Ella en Genazzano (Italia)

un grado excelso, como menciona el P. Philipon: «Después de Cristo, la Madre de Jesús, Madre de Dios y de los hombres, Madre del Cristo total, fuel el alma más dócil al Espíritu Santo. […] Cada uno de sus actos conscientes procedía de Ella y del Espíritu Santo, y presentaba la modalidad deiforme de las virtudes perfectas bajo el régimen de los dones».[4]

Por el don de consejo, Nuestra Señora revestía de perfección incluso hasta las más insignificantes acciones, y en todo actuaba —bajo la inspiración de Espíritu Santo— del modo más conveniente para la gloria de Dios y el cumplimiento de sus designios de salvación.[5] En suma, transformaba en actos concretos las más altas luces recibidas en la contemplación.

Por eso se le pueden aplicar a la Santísima Virgen, con toda propiedad, las palabras de las Escrituras: «El buen consejo será tu salvaguardia, y la prudencia te conservará» (Prov 2, 11 Vulg.).

Una vida regida por el consejo

Al analizar la vida de María, encontramos diversas ocasiones en las que la luz del consejo iluminó sus actos de un modo más marcado. Por ejemplo, en su presentación en el Templo ese don fue el que la llevó a discernir que la voluntad de Dios era que hiciera, ya en su infancia, voto de virginidad; y en el momento de la Anunciación, antes de manifestar su consentimiento, la hizo querer conocer las disposiciones divinas, para luego ofrecerse enteramente al Señor.[6]

También en las bodas de Caná fue el don de consejo el que le inspiró la humilde audacia de contradecir los aparentes deseos de su Hijo, exhortando solícitamente a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5). Como observa el P. Gardeil, «Ella les ordena a los criados que hagan todo lo que les dirá su Hijo, y el milagro se realiza. Su consejo prevaleció, porque era, en el fondo, el consejo de un amor inspirado por el Dios de la misericordia».[7]

María: ¡Admirable Consejera!

Finalmente, el don de consejo hizo de María la perfecta Madre del Verbo Encarnado, la que realizó en plenitud sus designios, la nueva Eva, resplandeciente de fidelidad y pureza virginal. La Virgen se manifestó al mundo como «admirable Consejera», al revelar los planes divinos en el magníficat e indicarles a los hombres el camino de la salvación: hacer la voluntad de su divino Hijo. Sostuvo a la Iglesia al pie de la cruz, permitiéndole atravesar las penalidades de la Pasión y consolidándola para la venida del Espíritu Consolador.

Animados por estas consideraciones, en los momentos de prueba, de sufrimiento, de incertidumbre, recurramos con confianza a este Buen Consejo llamado María, y ¡nunca dudemos de su poderosa intervención! ✧

---

[1] Cf. CCE 1803.

[2] Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *La Virgen María*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1997, p. 306.

[3] ROSCHINI, OSM, Gabriel. *Instruções marianas*. São Paulo: Paulinas, 1960, p. 176.

[4] PHILIPON, OP, Marie-Michel. *Los dones del Espíritu Santo*. 2.ª ed. Madrid: Palabra, 1983, pp. 357-358.

[5] Cf. ROYO MARÍN, op. cit., p. 319.

[6] Cf. ROSCHINI, op. cit., pp. 176-177.

[7] GARDEIL, OP, Ambroise. *Les dons du Saint-Esprit dans les Saints dominicains*. Paris: Victor Lecoffre, 1905, p. 192.

Equilibrio, fe y humildad

Más que haber sido heraldo de la Virgen por sus palabras, Bernadette se configuró hasta tal punto con su misión que su existencia constituyó un llamamiento a la conversión tan eficaz como las aguas que bañan la gruta de Lourdes.

Fabio Henrique Resende Costa

Es imposible pensar en la ciudad de Lourdes, hoy día, sin asociarla a la impactante figura del santuario rebosando de fieles, que hacia allí se dirigen a fin de rogar a Dios un favor o una gracia, por intermedio de su Madre Santísima. Sin embargo, bien diferente era la realidad el 11 de febrero de 1858, cuando tuvo lugar la primera aparición de la Virgen a Bernadette Soubirous.

Por una infeliz casualidad que suele acompañar la vida de las personas investidas de una misión sobrenatural, la incomprensión y la ingratitud son las monedas con las que reciben, en esta tierra, el pago por tan elevado encargo. Después de todo, ¿qué delincuente habrá tenido tantos interrogatorios, tan agotadores como interminables, como esa niña inhábil e indefensa que era Bernadette? ¿Qué dramas, reveses y luchas no tuvo que atravesar con el propósito de hacer público el llamamiento a la conversión y a la práctica de la penitencia, en consonancia con el expreso deseo de aquella Señora vestida de blanco que la visitó en la gruta de Massabielle?

Las cartas, notas personales y copias de textos varios de Santa Bernadette nos revelan un poco esa «vida espiritual» suya, es decir, los tortuosos caminos interiores por los que la Providencia la condujo, con vistas al cumplimiento de una sublime misión. Descubiertos ciertos velos de esta alma tan querida por Dios y la Santísima Virgen, estaremos en condiciones de conocerla más profundamente, a fin de imitar mejor sus virtudes.

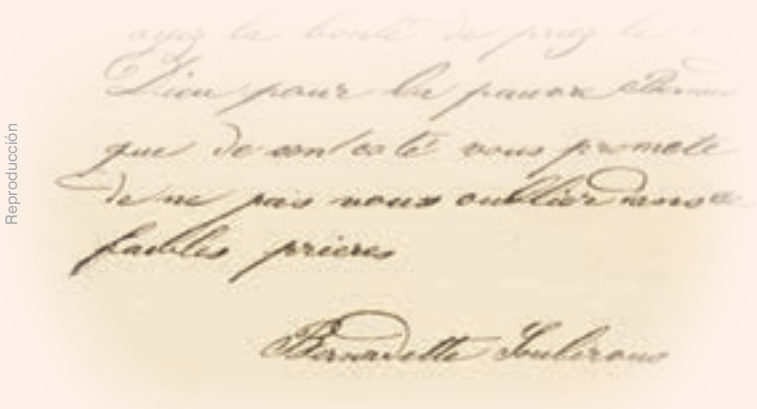
Santa Bernadette Soubirous

La vía espiritual por la que la Providencia condujo a la vidente de Massabielle estuvo marcada por dramas, reveses y luchas

Características psicológicas de Bernadette Soubirous

Como punto de partida, fijémonos en un pormenor que, a cualquier persona dotada de un incipiente sentido grafológico, causa sorpresa y admiración; los aspectos psicológicos esbozados en su grafía tan homogénea y estable, caracterizada por la presión constante de la pluma firme y angulosa, que no descuida en dibujar las palabras con elegancia.

Al mismo tiempo, la letra de Santa Bernadette exterioriza distintos atributos que, *a contrario sensu*, desmienten cierta visión unilateral, equivocada, que pretende estigmatizar a la joven como inepta o ignorante. Si sus redacciones estuvieron salpicadas de mayores o menores deslices gramaticales hasta el final de su vida, ello no impidió que su carácter resolutivo y equilibrado encontrara expresión en las líneas de su escritura. Así pues, el sentido de imponerse altos ideales, sumado a la autocrítica, están latentes en su bonita letra.



Reproducción

Escrito de Santa Bernadette

Los escritos de Santa Bernadette revelan su índole afectiva y el carácter decidido y equilibrado con que trazó para sí un plan de vida

Además, la caligrafía de Santa Bernadette revela su índole afectiva, de persona rebosante de generosidad y amor por los otros, bastante sensible al trato recibido. No en vano, a la vista de algún niño, se establecía enseguida un vínculo que los acercaba, hasta el punto de que los pequeños formaban un corrillo alrededor de la vidente…

Su escritura no desmiente, finalmente, la tendencia al aislamiento, quizá porque no encontraba en los demás los modelos de virtud y rectitud que se imponía, y que buscaba con tanto empeño.

Plan de vida expresado en sus notas íntimas

Cabe señalar que la santificación no es solamente fruto de una dádiva divina; la conquista de la santidad se cifra en una lucha constante, de la cual no están exentos ni siquiera los grandes místicos. Al contrario, Dios les exige a sus amigos una renuncia ininterrumpida y, en general, durísima. Bien analizado, el itinerario espiritual de estas almas escogidas se revela, diríamos, tan normal, tan corriente, que llena de esperanza a todos los hombres.

En uno de sus cuadernillos de notas íntimas, ya en el título la santa francesa resume el plan que se ha trazado: «Hacer siempre lo que más cueste».[1] Ante esto, Bernadette se fijó algunas metas que expresan su seriedad y ahínco en la búsqueda de la perfección, empezando por lo que concierne a su vida interior:

«1.º No desanimarse nunca, ver la santa voluntad de Dios en todo lo que me sucederá, darle gracias por todo, pensando que es para mi mayor bien que Él lo permite.

»2.º Trabajar para volverme indiferente a todo lo que se dirá o pensarán de mí mis superiores o mis compañeros; desapegarme de todo, para apegarme únicamente a agradar a Dios y salvar mi alma. Me acuerdo a menudo de estas palabras: "Sólo Dios es bueno, y sólo de Él espero la recompensa".

»3.º Nunca amistades particulares, amar a todas mis hermanas solamente para agradar a Dios».

«Una buena religiosa debe pedirle a Dios…»

Gracias a esta conducta virtuosa iniciada desde que Nuestra Señora le confió sus primeros anhelos en Massabielle, la vidente pudo resumir la santidad en unas breves frases, impregnadas tanto de teología como de caridad, y aplicables a cualquier bautizado que aspire a llegar al Cielo:

«Una buena religiosa debe pedirle a Dios:
más humildad que humillación,
más paciencia que sufrimiento,
más voluntad que obras,
más amor que acciones,
más abandono que órdenes,
más hechos que palabras,
más aplicación a la santidad que a la salud».

Y aun siguiendo este modelo, con el objetivo de esclarecer para sí —y para los años venideros— el eje en torno al cual debe girar la vida cotidiana de un alma consagrada, afirmará la santa: «Una religiosa debe vivir en la mortificación como el pez en el agua; no es lo mismo cuando una religiosa no se mortifica. La aplicación seria a todos los deberes conduce necesariamente al ejercicio de la mortificación continua en todo tiempo. Si uno no se mortifica, falta a sus deberes. ¿De dónde vienen las transgresiones a la Regla y a los votos? ¿De dónde viene el relajamiento de algunas comunidades? Del hecho de que el ejercicio de la mortificación no se haya puesto en práctica o no se mantenga. […] En mi opinión, [una religiosa mortificada] podría entrar en el Cielo sin pasar por las llamas del purgatorio».

Atracción por la vida humilde y escondida

En cuanto a su humildad, un hecho ilustrativo ocurrió entre ella y una hermana de hábito, Josephine. Dado que Bernadette reaccionaba con vigor en las relaciones y conversaciones cotidianas, a causa de su temperamento, acabó incurriendo en una falta de respeto. Tras haberse distanciado de la referida religiosa, se dio cuenta de su imperfección de no controlar su «susceptibilidad» y enseguida se acercó a pedirle disculpas mediante una nota:

«Mi buena Hna. Josephine,

»Os pido perdón por el mal ejemplo que os he dado, así como por todos los temas desedificantes.

»Perdóneme, por favor, y rece algo por mí; usted ya ve cuán pobre soy en virtud».

Esta búsqueda de la verdadera humildad se fue acrisolando a lo largo de la trayectoria terrena de Bernadette, como lo demuestra una oración escrita por ella en una de sus notas íntimas:

«Mi divino Esposo me ha dado una atracción por la vida humilde y escondida, y muchas veces me decía que mi corazón no se habría de detener hasta que lo hubiera sacrificado todo por Él. Y para decidirme, a menudo me inspiraba que después de todo, en la hora de la muerte, no tendría otro consolador sino Jesús, y Jesús crucificado. A Él solo, fiel amigo, entre mis dedos helados, en mi tumba llevaré. Oh, locura de las locuras, apegarme a algo que no sea Él».

Reproducción

Santa Bernadette en el convento de Saint-Gildard, Nevers (Francia)

Lecciones de los textos transcritos

Es interesante apreciar cierta costumbre adoptada por Bernadette, cuyo origen no se conoce bien, pero que no deja de ser loable: en medio de sus numerosos escritos, ¡se esforzó por copiar libros enteros de meditaciones! Al parecer, dado el régimen de pobreza religiosa, al no poder tomar posesión de los libros pertenecientes a la biblioteca conventual, la santa no halló mejor salida que copiarlos…

Entre estos textos artísticamente transcritos por la santa francesa, figura una carta de Santa Juana de Chantal a San Francisco de Sales: «Oh, Señor Jesús, no quiero más elección; tocad la cuerda de mi laúd que os guste; por siempre, y para siempre, sólo sonará esta única armonía: Sí, Señor Jesús, sin *si*, sin *pero*, sin *excepción*… Fíat en todo y en mí».

De hecho, a partir de su fíat, la Providencia escogió a Bernadette para ser, aunque ignorada y recluida en un convento, una lección viva y valiosa de aquello que Lourdes comenzaba a reflejar ante todo el mundo: el milagro de la aceptación del dolor, del sufrimiento e incluso de la derrota y del fracaso, si fuera necesario.

> *Dios eligió a Bernadette para que fuera una lección viva de lo que Lourdes reflejaba ante todo el mundo: el milagro de la aceptación del sufrimiento*

Si nos asombra saber que una niña fue elegida portavoz de la Inmaculada Concepción para fundar el lugar de peregrinación mundial más fértil en milagros, debería producir en nosotros el mismo entusiasmo su vida austera y salpicada de tantas privaciones lícitas.

Pero eso no es lo que parece suceder. Cuando miramos a nuestro alrededor y consideramos las miserias de la naturaleza humana caída por el pecado original, comprendemos que tal acto de donación y abnegación está lejos de nuestro egoísmo, provocándonos tan sólo una tímida admiración, o incluso aversión.

Preferiríamos ser llevados a creer que la santidad de Bernadette, y de muchos otros bienaventurados, fue ante todo, y solamente, pura dádiva divina, ajena al concurso de la voluntad disciplinada y a los ejercicios de virtud. Está claro que la santificación es un favor gratuito de Dios, pero esto no debe dar lugar a la falsa idea de que Él no anhela nuestra participación en su consecución, dado que la vida es un combate.

Espiritualidad llena de luz y equilibrio

Por tanto, si las notas íntimas de Bernadette nos revelan claramente su confianza, y los escritos copiados nos sugieren sus preferencias y elecciones profundas, sus cartas merecen una atención especial. Calan a fondo en el alma, ya que expresan las virtudes dominantes de esta espiritualidad llena de luz y equilibrio: la humildad y la fe.

Un ejemplo nos será suficiente para comprobarlas: la misiva dirigida al papa Pío IX, a petición e insistencia de un prelado, Mons. Ladoue, fechada el 17 de diciembre de 1876:

«Santísimo Padre,

»Nunca me hubiera atrevido a tomar la pluma para escribirle a Su Santidad, yo, pobre, pequeña hermana […]. Temía, en primer lugar, de ser dema-

siado indiscreta; entonces se me ocurrió que a Nuestro Señor le gusta ser molestado tanto por el pequeño como por el grande, por el pobre como por el rico, que Él se entrega a cada uno de nosotros sin distinción. Este pensamiento me dio valor, así que ya no tengo miedo; vengo a vos, Santísimo Padre, como un pobre niñito al más tierno de los padres, llena de abandono y de confianza. ¿Qué puedo hacer, Santísimo Padre, para demostraros mi amor filial? Sólo puedo continuar con lo que he hecho hasta ahora, es decir, *sufrir y rezar*. Hace algunos años me constituí, aunque indigna, un pequeño zuavo[2] de Su Santidad; mis armas son *la oración y el sacrificio*, que guardaré hasta mi último aliento. Sólo allí caerá el arma del sacrificio, pero la de la oración me seguirá hasta el Cielo, donde será mucho más poderosa que en esta tierra de exilio».

¿Quién pretendería dudar de que en estos dos verbos, sufrir y orar, se resume la vía espiritual de Santa Bernadette?

Su vida nos atestigua que únicamente la oración y el sufrimiento pudieron garantizarle la estabilidad en la práctica de la virtud, aunque los infortunios y las incomprensiones soplaran a lo largo de su peregrinación terrena.

El testimonio de una vida: el mayor milagro de Lourdes

No es casualidad que uno de los criterios de prudencia adoptados por la Iglesia para la verificación de la autenticidad de las revelaciones particulares, como las que recibió Bernadette, consiste en analizar cuidadosa y atentamente la conducta de los videntes: el testimonio decisivo será, por tanto, el de su vida.

Más que anunciadora de lo sobrenatural y heraldo de la Virgen por sus palabras, Bernadette asumió hasta tal punto su misión, configurándose con ella, que su existencia se convirtió en un llamamiento a la conversión por lo menos tan eficaz como las milagrosas aguas que bañan la gruta de Lourdes; su muerte, una invitación a la penitencia; y su cuerpo, casi intacto por la descomposición propia a los males del pecado original, un indicio de la gloria que le fue concedida, una vez traspasado el umbral de la peregrinación terrena.

Bernadette hasta tal punto se configuró con su misión que se convirtió en un llamamiento a la conversión tan eficaz como las milagrosas aguas de Lourdes

Así, desde el 16 de abril de 1879 —día de su fallecimiento— hasta el presente, Santa Bernadette continúa siendo para la cristiandad un instrumento de la ternura maternal de María, «y de la misericordiosa omnipotencia de su Hijo, para restaurar el mundo en Cristo mediante una nueva e incomparable efusión de la Redención».[3]

¡Santa Bernadette, ruega por nosotros! ✧

---

[1] Todas las citas de la vidente mencionadas en este artículo han sido extraídas de la obra: SŒURS DE LA CHARITÉ DE NEVERS. *Les écrits de Sainte Bernadette et sa voie spirituelle*. Paris-Lourdes: P. Lethielleux; Œuvre de la Grotte, 2003.

[2] La expresión evoca la dedicación y sacrificio de los zuavos pontificios en las luchas por los Estados Pontificios, en aquellas décadas del siglo XIX.

[3] PÍO XII. *Le pèlerinage de Lourdes*.

Hugo Grados

Cuerpo incorrupto de Santa Bernadette - Convento de Saint-Gildard, Nevers (Francia)

facebook/Santuario de Nuestra Señora de Lourdes

«Quedaré más blanco que la nieve»

Dennis Jarvis (CC by-sa 2.

El agua que brota en la gruta de Lourdes expresa la realidad invisible de lo que la Virgen quiere obrar en nuestro interior, comunicándonos gracias enteramente marianas que nos invitan a un cambio de vida.

Hna. Cassia Thaís Costa Dias de Arruda, EP

A lo largo de los siglos la piedad católica le otorgó a la Santísima Virgen bellísimos títulos, recogidos con esmero por la Santa Iglesia y conservados hasta nuestros días. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Madre del Buen Consejo, Auxiliadora de los cristianos y miles de otras advocaciones expresan, cada una a su manera, las incontables prerrogativas de María y los más variados matices de su misericordia.

Entre ellas destaca, por su importancia y sublimidad, la Inmaculada Concepción. Fue la propia Santísima Virgen quien se presentó al mundo como ostentadora de ese augusto privilegio, manifestando su deseo de ser así invocada por los fieles. Ahora bien, ¿cuál es la causa más profunda de este deseo de María?

La palabra *inmaculada* significa *sin mancha*. En cuanto a Nuestra Señora, indica que fue preservada de toda mancha, incluso la del pecado original, con la cual son concebidos los hombres desde la expulsión de Adán y Eva del paraíso terrenal. Predestinada a ser Madre del Verbo de Dios encarnado, por tanto, de la Pureza en esencia, no podría ser tocada por la mínima sombra de mal. La Virgen fue siempre santa, en virtud de la santidad del fruto de su vientre.

Rezarle a María Inmaculada consiste, pues, en suplicarle, desde el abismo de nuestra miseria, a aquella que es purísima por excelencia que no sólo nos limpie de toda culpa, sino también que arranque definitivamente las malas tendencias y los defectos que llevamos en nuestro interior, haciéndonos puros como Ella; en suma, consiste en pedir que Nuestra Señora nos comunique su propia «inmaculabilidad»,[1] según la elocuente expresión de San Maximiliano María Kolbe.

Gracias particularmente profundas en este sentido son derramadas en profusión en un santuario muy famoso en el mundo entero: el de Lourdes. Allí, donde «la Inmaculada Concepción» se dignó aparecérsele a una jovencita, tienen lugar las más variadas e impresionantes restauraciones físicas y espirituales, haciéndonos pensar que, verdaderamente, el Cielo ha bajado a la tierra.

¿Por qué una fuente?

Desde 1858, año de las apariciones de Lourdes, acuden a la gruta de Massabielle fieles de todas partes, deseosos de beber de la fuente milagrosa y suplicar la curación de sus males. Aquellas rudas y frías piedras, tan atrayentes a causa de la presencia de Nuestra Señora, son «testigos» de numerosos milagros de la gracia obrados a favor de los peregrinos.

A pesar del incontable número de cojos, ciegos, sordos, accidentados y minusválidos de todo tipo que obtuvieron la curación, el milagro más hermoso que allí realiza la Santísima Virgen es la transformación de los corazones. De hecho, aún más abundantes que los enfermos objeto de milagros son los que se vieron «lavados por dentro», y tuvieron restaurados —o incluso instaurados— el amor a Dios y la vida de la gracia en sus almas.

Se percibe en ello la razón simbólica de que Nuestra Señora hiciera que brotara en la gruta una fuente: así como el agua limpia y purifica los cuerpos de sus manchas, la gracia alcanza hasta lo más íntimo del alma de aquellos que a María se acercan.

Un incrédulo que renace a la gracia

«Un cuerpo sano que alberga un corazón enfermo nunca encontrará la

verdadera felicidad»,[2] dijo una vez una persona beneficiada por un milagro, Vittorio Micheli, más satisfecho por su fe ardiente que por la recuperación de su salud. En efecto, no ha habido un solo peregrino curado en Lourdes que haya regresado a su casa con el alma menos favorecida que el cuerpo.

Un ejemplo conmovedor de esta verdad ocurrió en 1901, a Gabriel Gargam.[3] Tras la colisión del tren en el que viajaba y un expreso que venía en sentido contrario, se quedó parapléjico y con todas las funciones orgánicas perjudicadas; cargaba consigo el fatídico diagnóstico de que su estado era irreversible y, probablemente, enseguida la muerte se lo llevaría. Su peso se había reducido hasta los treinta y seis kilos, se alimentaba a través de una sonda y sus pies estaban llenos de heridas supurantes… En este complicado estado, le avisaron a Gargam que tendría que someterse a una delicada operación. Pero al no querer pasar por el quirófano, por considerarlo inútil, se vio obligado a aceptar otra propuesta, para él un poco menos desagradable, que le había hecho su madre: participar en la peregrinación nacional de Lourdes. El enfermo no creía en los milagros y aceptó de mala gana, tan sólo por que era la única manera de dejar el hospital.

Sin embargo, al llegar a la gruta y recibir la comunión —más por formalidad que por fe—, percibió un leve hormigueo en las piernas hasta entonces insensibles. Un cambio se obró en su corazón, y las lágrimas brotaron de sus ojos. Era, sin duda, Nuestra Señora que le estaba invitando a creer en lo imposible. Horas más tarde, al ser sumergido en la piscina, aquel que otrora dudaba empezó a rezar ardientemente. Una paz interior inexpresable se apoderó de su alma.

A continuación, fue llevado en camilla hasta el lugar por donde pasaría la procesión del Santísimo Sacramento. No obstante, el cansancio del viaje y las emociones del día le habían consumido sus últimas energías: perdió pronto la conciencia y los que le acompañaban pensaron que estaba a punto de expirar. De repente, abrió los ojos y se dio cuenta de que la procesión se acercaba. Animado entonces por una fuerza irresistible, susurró: «¡Ayudadme! Siento que puedo caminar». Se levantó de la camilla y salió andando detrás de Jesús Hostia. Estaba curado, pero sobre todo se había convertido en un católico fervoroso.

En reconocimiento por tantos favores alcanzados, Gargam se incorporó al equipo del Hospital de Lourdes, donde trabajó, siempre que pudo, durante cincuenta y un años.

La resurrección de una muerta viva

Perseverar cuando todo parece perdido y confiar en una intervención divina: he aquí lo que la Virgen de Massabielle le pedía a la Sra. Savoye para curar a su hija. Clínicamente desahuciada, por padecer reumatismo infeccioso y cardiopatía, la joven, Marie Savoye, tenía 24 años y pesaba tan sólo veinticinco kilos. Desde hacía seis años ya no tenía fuerzas para levantarse de la cama, ni para comer, ni siquiera para hablar.

En un desesperado intento de obtener la curación, la Sra. Savoye decidió, contra todas las opiniones médicas, emprender un viaje a la gruta de Lourdes para suplicar un milagro. A los ojos de los hombres, se trataba de una auténtica locura: el esfuerzo aplicado en el desplazamiento ciertamente aceleraría la muerte de la ya debilitada Marie. Esperando contra toda esperanza, aquella madre marchó de Cambrai con su hija. Al llegar a Lourdes, el estado de Marie era el peor posible: expulsaba sangre por la boca y tenía el aspecto de un cadáver, de lo pálida que estaba.

Al rayar el día 20 de septiembre de 1901, la Sra. Savoye y Marie ya están en la gruta, esperando un milagro. Por allí pasará la procesión del Santísimo Sacramento. A medida que Jesús Hostia avanza, se oyen las aclamaciones de enfermos que consiguen levantarse de sus camillas. El cortejo prosigue, con paso lento y solemne, deteniéndose delante de cada doliente. La Sra. Savoye reza con redoblado fervor, mientras Marie, tumbada en su lecho —casi diríamos de muerte—, también eleva a la Virgen su plegaria. Es la oración del leproso del Evangelio que repite: «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Lc 5, 12). ¡Y Él quiere! Al recibir la bendición, Marie salta de la cama y exclama: «¡Estoy curada!».

Horas después, el Dr. Perisson, uno de los médicos de Lourdes, dirá: «No es un milagro. ¡Es una resurrección!».[4] Con el paso de los meses, Marie

Reproducción

No ha habido un solo peregrino curado en Lourdes que haya regresado a su casa con el alma menos favorecida que el cuerpo

Procesión del Santísimo Sacramento en Lourdes, en 1930. En la página anterior: fuente en la gruta de Massabielle; en el destacado, imagen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción que se encuentra en la gruta

creció diez centímetros y ganó treinta y cinco kilos. Siete años más tarde, en agradecimiento, resolvió dedicar su vida al cuidado de los enfermos.

«¿Por qué Él no iba a curarme?»

Un caso similar ocurrió con la joven francesa Esther Brachman que, con sólo 15 años, cargaba consigo el triste pronóstico de una muerte inminente: había sido afectada por una peritonitis tuberculosa que en dos años había llevado su cuerpo a la destrucción. Entonces decidió ir a Lourdes para pedir un milagro, inspirada, quizá, por los numerosos hechos que atestiguaban la magnificencia con que los enfermos eran atendidos allí. «¿Por qué yo no? ¿Por qué Él no iba a curarme?», se preguntaba la joven.

Una vez más, la Virgen Santísima demostraría la omnipotencia de su intercesión al recibir en sus aguas, como si fuera en sus brazos, a la pequeña Esther. Al emerger de la piscina de Lourdes, ¡se produjo el milagro que estaba esperando! Ya no le dolía nada, su estómago, hasta entonces de dimensiones descomunales, se deshinchó inmediatamente y recuperó sus fuerzas, lo que le permitió caminar con normalidad. Estaba completamente curada.

Un singular favor junto a la gruta

Otro hecho también conmovedor, que tuvo lugar a los pies de la Virgen de Lourdes, ocurrió con un muchacho de 12 años, llamado Martin Renaud.

Sus padres, cansados de tantas y tan profundas desavenencias que pasaban en su matrimonio, le avisaron de que se iban a divorciar. El joven, angustiado con la noticia, decidió acudir al socorro de Nuestra Señora. Les rogó, pues, a sus padres que le concedieran por lo menos una última salida en familia: quería visitar Lourdes.

Al llegar a la gruta, Martin imploró con fervor a la Virgen María que no permitiera que su familia se deshiciera. Y cuál no fue su sorpresa cuando, al mirar atrás, vio a sus padres llorando, cogidos de la mano y completamente reconciliados. Su familia se había salvado.

«Lavabis me, et super nivem dealbabor!»

A través de estos y de otros miles de milagros, físicos y espirituales, obrados por la Virgen María en la gruta de Lourdes, Nuestra Señora nos hace percibir cómo su amor por la humanidad es puro e inagotable, y nos invita a una reconsideración con respecto de la vida y de nuestra relación con Dios.

Mostrémonos, entonces, dóciles a su voz. En el Antiguo Testamento, David le suplicó al Señor: *Asperges me hyssopo, et mundabor; lavabis me, et super nivem dealbabor*, «Rocíame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve» (Sal 50,9). En nuestros días, nos toca a nosotros rezar, parafraseando al rey profeta: «Madre mía, que eres inmaculada y todo lo puedes, ¡lávame y purifícame, y más blanco que la nieve quedaré!». Sea cual sea nuestra situación, Ella nos responderá en el fondo de nuestro corazón: «Ven, hijo mío. Yo te restauro». ✧

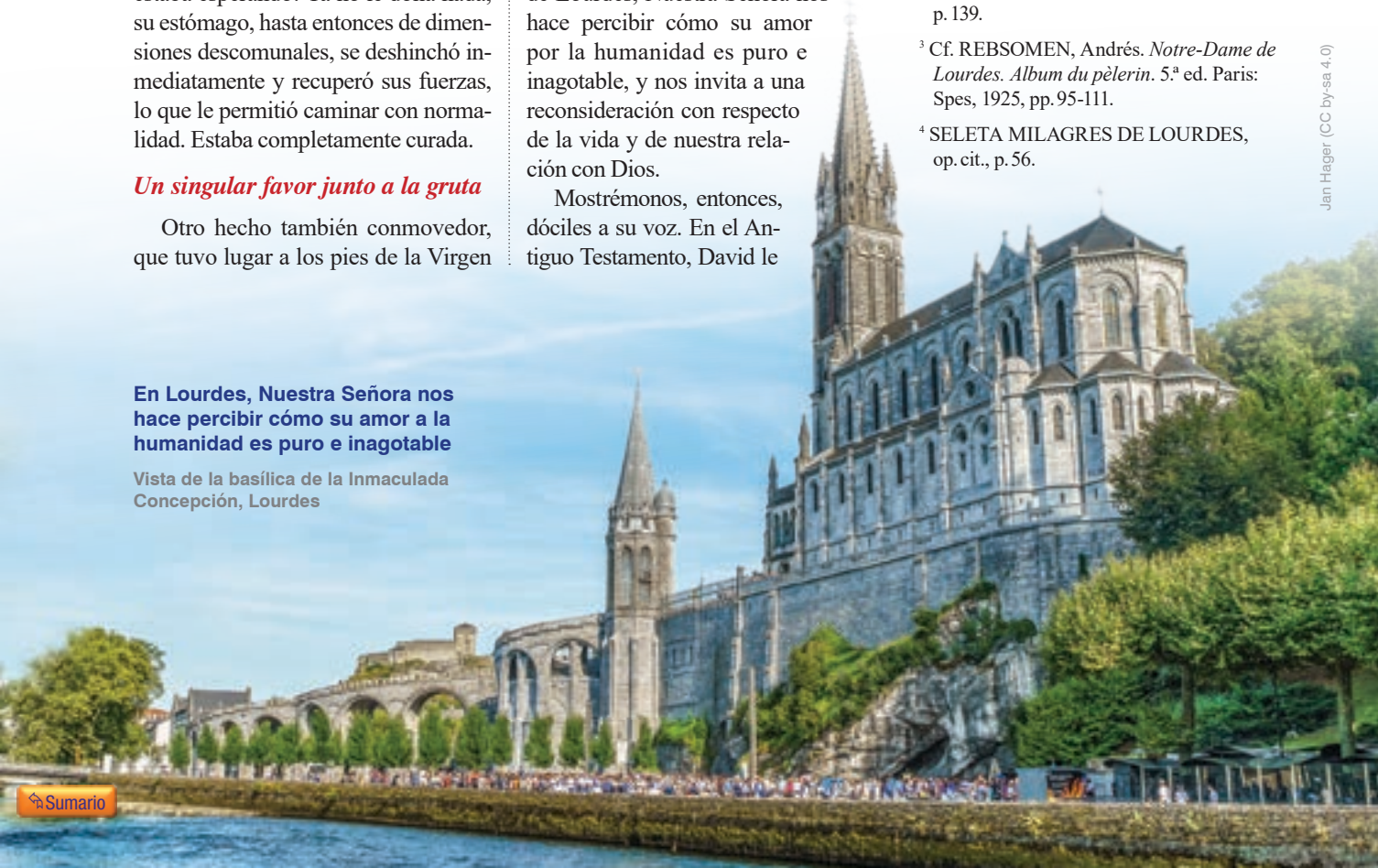
---

[1] SAN MAXIMILIANO MARÍA KOLBE. «Unpublished Writings. Immaculata». In: *The Writings of St. Maximilian Maria Kolbe*. Lugano: Nerbini International, 2017, t. II (*e-book*). Sobre este tema, véase también: «Letter to the Seminarians of the Order of Friars Minor Conventual», 28/2/1933. In: *The Writings of St. Maximilian Maria Kolbe*. Lugano: Nerbini International, 2017, t. I (*e-book*).

[2] SELETA MILAGRES DE LOURDES. Santa Maria: Biblioteca Católica, 2021, p. 139.

[3] Cf. REBSOMEN, Andrés. *Notre-Dame de Lourdes. Album du pèlerin*. 5.ª ed. Paris: Spes, 1925, pp. 95-111.

[4] SELETA MILAGRES DE LOURDES, op. cit., p. 56.



En Lourdes, Nuestra Señora nos hace percibir cómo su amor a la humanidad es puro e inagotable

Vista de la basílica de la Inmaculada Concepción, Lourdes

Jan Hager (CC by-sa 4.0)

Sumario

Victimización: ¿Un llamamiento para todos?

Si «el cristiano es otro Cristo», todo católico debe estar dispuesto a unir sus sufrimientos a los del Redentor, a fin de implorar gracias para la humanidad.

Hna. Isabel Lays Gonçalves de Sousa, EP

Juan Carlos Villagómez

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). En esta sublime enseñanza, el divino Maestro nos invita a imitar su propio ejemplo, pues Él vino a la tierra para dar la vida en rescate por muchos (cf. Mt 20, 28).

De hecho, pese a la multiplicidad de los efectos de la Redención, el aspecto principal de la misión del Señor consistió en ser la Víctima de propiciación por nuestros pecados, como dice el Apóstol: «Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Tim 1, 15). Ya lo había profetizado Isaías cuando afirmó: «Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores […]. Sus cicatrices nos curaron» (53, 4-5).

Ahora bien, *christianus alter Christus* – el cristiano es otro Cristo. Todo católico también es esencialmente víctima y debe estar dispuesto a unir sus sufrimientos a los del Salvador, a fin de implorar gracias para el mundo.

Jesucristo es quien sufre en nosotros

Ante esta realidad, muchos son los que se preguntan si la excelentísima Redención obrada por el Cordero divino no compró, definitivamente y para la creación entera, todas las gracias necesarias a la humanidad, y si no hubo, pues, alguna falla en ese supremo sacrificio que precise ser suplida por nosotros.

Para responder a esta cuestión, en primer lugar conviene recordar las palabras de San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24). Todos los bautizados hemos sido formados de la carne de Jesús y de sus huesos; la gracia que lo hizo cabeza es la misma que hizo de nosotros sus miembros; su vida es nuestra vida.[1] Por lo tanto, nuestros sufrimientos son aceptados por el Padre como provenientes de su propio Hijo. De tal modo que no necesitamos de manera alguna suplir ninguna «falla» del sacrificio del Calvario, sino que, *en virtud de* este supremo ofrecimiento que diviniza nuestras almas y nuestros actos, y por un libérrimo designio divino, nuestros padecimientos se vuelven meritorios.

Como bautizado, nuestros dolores son aceptados por el Padre como provenientes de su propio Hijo, que desea sufrir en nosotros para seguir la obra de la Redención

Por ello es un gran beneficio para la Iglesia que nos unamos al misterio de la Redención y soportemos nuestros dolores con ánimo, porque el Salvador, no pudiendo ya sufrir en su humanidad glorificada, desea padecer *en nosotros*, para seguir, así, salvando almas.[2]

¿Y cómo ocurre esto?

Grados de victimización

Afirma el Evangelio que en la casa del Padre «hay muchas moradas» (Jn 14, 2), pues aunque el Reino de los Cielos sea el mismo para todos los justos, existen distintos caminos que conducen a él. Análogamente, si bien que el llamamiento a la victimización es común a todos los bautizados, posee grados y hay diferentes modos de llevarlo a cabo.

La vía ordinaria, a la que todos son convocados, requiere tan sólo que el alma cumpla con rectitud sus deberes de bautizado: «El cristiano que observa única pero verdaderamente los

mandamientos de Dios y de la Iglesia, y que vive por ello en una unión real con Nuestro Señor, vive de la vida de víctima».[3] En efecto, gran coraje y paciencia se necesitan para afrontar las luchas inherentes a este valle de lágrimas, y tal esfuerzo del alma sube a Dios como sacrificio de agradable olor. A este camino de santidad hemos sido invitados: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual» (Rom 12, 1).

La vía especial de los consagrados

Destacándose del número general de los fieles, hay ciertas almas que no se contentan con la simple práctica de los mandamientos y emprenden generosamente una vía más ardua, deseando alcanzar una mayor identificación con el divino Maestro. Se trata de los sacerdotes y de las personas consagradas a Dios que, mediante la práctica de los consejos evangélicos, tienen la misión de abrazar más especialmente el estado de víctima: «Tender a la unión con la adorable Víctima es, pues, un deber esencial de todo cristiano; pero tender a la perfección de la unión es un deber esencial de todo religioso».[4]

Se deciden, movidos por un gran amor, a llevar no sólo un trozo de la cruz del Señor, sino a cargarla por entero, sin medir esfuerzos, sin pensar en la propia fatiga ni en los méritos que pudieran adquirir. El único objetivo que los impele es consolar y aliviar el Corazón de Dios.

El alma consagrada se somete a una «inmolación sin reservas, sin esperanza alguna de abandonar jamás el altar del sacrificio»,[5] renuncia a su voluntad, a sus criterios y a sus sentimientos en un auténtico martirio incruento, a través del cual no consuma su existencia, sino que con Cristo muere diariamente (cf. 1 Cor 15, 31) para resucitar también con Él a una vida toda ella sobrenatural.

Santa Teresa del Niño Jesús

> *El alma consagrada se somete a una «inmolación sin reservas, sin esperanza alguna de abandonar jamás el altar del sacrificio»*

La sencilla vida cotidiana de estas almas atrae sobre la tierra las más profusas bendiciones celestiales y obtiene eficaces gracias de arrepentimiento y conversión para los pecadores. Una maravillosa prueba de ello es el ejemplo de Santa Teresa del Niño Jesús, que con sus pequeños sacrificios —repletos de altísimas intenciones— fue escogida por el Buen Dios como víctima de holocausto al Amor misericordioso de Jesús.

Por consiguiente, los consagrados son el corazón de la Iglesia, encargado de bombear la sangre vivificante de la gracia para todos sus miembros.

Llamamiento específico a la expiación

El tercero y más excelente grado de victimización corresponde a las almas particularmente elegidas, llamadas a expresar ante el Padre «los sentimientos de Cristo Jesús».[6] Son las denominadas víctimas expiatorias.

Para esta vía de perfección existe una salvedad: «Aunque uno pueda en estricto rigor ofrecerse como víctima para dar a Dios alegría y gloria por sus sacrificios voluntarios, las más de las veces Dios no introduce en este camino sino a las almas a quienes confía la misión de medianeras: estas almas deben sufrir y expiar por otros, a los cuales aprovechará su inmolación, ya sea atrayendo sobre ellos gracias de misericordia o bien procurando excusar sus culpas ante los ojos de la divina Justicia. Se comprende que no puede uno por sí mismo elegirse para semejante misión. […] Estas personas, Él mismo las escoge, y porque son libres, requiere su aceptación voluntaria. Al dársela ellas, se entregan a su beneplácito, y, desde este momento, Él obra en ellas, de un modo soberano».[7]

Entregándose por completo a la voluntad de Dios, se convierten en «copias perfectas del Crucificado. […] La Pasión de Cristo después de haberles marcado con su Signo, *pasa por ellas* para realizar en otras almas por las que ellas expían sus frutos de salvación. Así son portadoras de la gracia del Calvario».[8]

Las almas-víctimas saben que aun sus actos de fe más ardientes y sus mejores resoluciones no tienen consistencia ni fortaleza, si no están corroborados por el sufrimiento; abrazar la cruz es para ellos una exigencia de fidelidad a Dios, y en ello consiste su razón de ser.

Crucifijos vivos

El sacerdote jesuita Monier-Vinar, en la introducción a la obra *Llamamiento al amor*, sobre las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a sor Josefa Menéndez, describe de forma bellísima la vocación de una víctima expiatoria:

«[Para llegar a las almas alejadas de la fe] Cristo se servirá de otras almas que convertirá en canales de su Misericordia. Ramas fecundas de la Viña mística, cargadas de savia por su estrecha unión con la Cepa divina, […] en ellas y por ellas se establece el contacto de la gracia: son las almas víctimas.

»Para representar bien este papel tienen que estar identificadas con Cristo crucificado, sus corazones tienen que latir plenamente al unísono con el suyo mientras que Él, para hacer de ellas sus imágenes vivas, las incrusta en lo más profundo del alma, del corazón y del cuerpo, su dolorosa Pasión. En estas almas renovará todos sus misterios: como Él serán contradichas, perseguidas, humilladas, flageladas, crucificadas y lo que los hombres no hagan, Dios mismo lo completará por dolores misteriosos, agonías, estigmas que harán de ellas unos crucifijos vivientes. […]

»Son las cooperadoras de la Redención, en el sentido más estricto de la palabra: el amor del prójimo las impulsa, su misión es diferente de la de las otras. […] El mismo Cristo, atiza este celo, comunicándoles su ardiente Amor a las almas de modo que desde ese momento, aman ya con su propio Corazón. Este amor les comunica una fortaleza sobrehumana».[9]

Aquellos que sienten en sí el claro llamamiento a la victimización expiatoria deben prepararse para un auténtico desposorio místico con el sufrimiento, pero también alegrarse con la certeza de poder consolar verdaderamente a Dios, que en ellos verá la imagen de su propio amor incondicional.

¿Sufriremos como Jesús o como los condenados?

He aquí el resumen de las tres vías de victimización, una de las cuales, al menos, habremos de recorrer a lo largo de nuestros días en esta tierra, como bautizados. Frágiles por naturaleza, tenemos auténtico horror al sufrimiento y, a la vista de los sacrificios que se nos presentan, por pequeños que sean, nos estremecemos. Ahora bien, el dolor es inevitable en el estado de prueba en el que nos encontramos y, ante esta realidad, sólo existen dos caminos que tomar: padecer en unión con Nuestro Señor Jesucristo, ejerciendo nuestro papel de víctimas —de acuerdo con nuestra vocación personal— y obteniendo méritos para la vida eterna; o sufrir como los demonios y condenados, amargados por la rebelión y con rumbo hacia el infierno.

No obstante, al ser incapaces de recorrer por nosotros mismos el camino de la santidad, sepamos acudir a aquella que, con una simple sonrisa, puede darnos fuerzas para todo, y digámosle: «Oh, María Santísima, Reina dolorosa y Madre mía, quiero abrazar la cruz con toda la energía y con todo el gozo de mi alma. Sin embargo, no me muevo a ello… Dame la gracia de que una de las lágrimas que derramaste durante la Pasión haya sido por mí. Así, veré mi alma transformada de vil cobarde a verdadero héroe del sacrificio».[10] ✧

El camino de la santidad consiste en padecer en unión con Nuestro Señor Jesucristo, de acuerdo con nuestra vocación personal

Nuestro Padre Jesús de la Pasión - Iglesia Colegial del Divino Salvador, Sevilla (España)

Gustavo Kralj

[1] Cf. GIRAUD, MS, Sylvain-Marie. *De l'esprit et de la vie de sacrifice dans l'état religieux*. 8.ª ed. Paris-Lyon: Delhomme et Briguet, 1889, p. 4.

[2] Cf. LEHODEY, Vital. *Le saint abandon*. 7.ª ed. Paris: J. Gabalda, 1935, p. 74.

[3] GIRAUD, op. cit., p. 8.

[4] Ídem, p. 59.

[5] Ídem, p. 16.

[6] MONIER-VINARD, SJ, H. «Introducción». *Un llamamiento al amor. El mensaje del Sagrado Corazón al mundo y su mensajera sor Josefa Menéndez*. México: Patria, 1949, p. 17.

[7] Ídem, ibídem.

[8] Ídem, p. 20.

[9] Ídem, p. 21.

[10] CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Meditação sobre a Última Ceia*. São Paulo, 1/3/1994.

Convertido por la belleza de la Iglesia

El proceso de conversión de un gran literato francés, sublime y espectacular al mismo tiempo, demuestra la perennidad y la fuerza de las gracias emanadas de la Santa Iglesia, capaces de atraer las almas a la santidad.

Plinio Corrêa de Oliveira

La literatura de nuestros días, encadenada a la sensualidad, está en franca crisis de temas. Esta crisis es, de hecho, el problema más serio con el que tienen que luchar todos los literatos de hoy en día.

El cine, la novela, los folletines, la poesía, todo finalmente es arrasado por una tremenda crisis temática.

Las tramas giran eternamente en torno a aventuras amorosas. Ahora bien, los aspectos amorosos de la vida, por mucho que los modernicemos, sólo pueden dar lugar a cuatro combinaciones: ora son dos personas casadas que abandonan sus respectivos hogares para constituir juntas un tercero, sobre los escombros de la felicidad de sus primeros cónyuges; ora es una persona casada que se enamora de una soltera, culminando la pasión en una ruptura de los lazos conyugales; ora la ruptura no se produce, pues muere oportunamente el embarazoso cónyuge, de suerte que el viudo o la viuda puede, en cuanto se cierra el ataúd del difunto, arrojarse de brazos abiertos en su amante y ser felices para siempre; ora son dos solteros que se tributan mutuamente un amor combatido de manera bárbara por un suegro implacable.

Estos casos comportan obviamente algunas variantes. O bien el crimen corta el nudo gordiano de una vida superflua, que amenazaba con durar demasiado; o bien el adulterio brutal pone fin a una situación incómoda; o bien el cónyuge superfluo se suicida discretamente para dejarle el sitio a su sucesor más feliz.

Escritor admirable, en cierto momento de su vida Huysmans se vio inmerso en una tremenda crisis existencial

Joris-Karl Huysmans

Es evidente, sin embargo, que estas combinaciones también son limitadas y se agotan al cabo de un tiempo. De tal modo que quien se entrega asiduamente a la lectura de novelas durante cinco años acaba conociendo todo el stock amoroso de nuestras librerías. Y con un poco de perspicacia logrará saber, nada más leer las primeras páginas, cuál será el desenlace de la historia, que dependerá éste de las inclinaciones del autor, y de los sentimientos y posición que les atribuya a los personajes de su narrativa.

Un autor que consiga romper ese círculo vicioso, para adentrarse en un nuevo terreno, será por supuesto un Cristóbal Colón del espíritu, que le abre a la inteligencia continentes nuevos, mundos inexplorados.

Es lo que sucede con Huysmans, uno de los más extraños y admirables escritores del siglo pasado.[1]

Su mérito fue el de haber sabido elaborar las más espantosas tramas literarias que se puedan imaginar, abstrayéndose totalmente de complicaciones amorosas.

Crisis intelectual que lo condujo al misticismo acatólico

J.-K. Huysmans, literato naturalista, residente en París, se encontró a cierta altura de su vida sumergido en una tremenda crisis intelectual. Suficientemente lúcido para abominar su siglo, pero desprovisto de cualquier apoyo sentimental en alguna amistad sólida o afecto familiar profundo, Huysmans, al mismo tiempo que se aislaba cada vez más de la convivencia con los demás, creaba dentro de sí mismo un vacío tremendo.

Habiendo abandonado a todos sus amigos, destruido todas sus viejas ilusiones, perdido a todos sus parientes, vivía aislado en París en una pequeña habitación, donde pasaba días interminables en compañía de un gato, maldiciendo indefinidamente al siglo XIX.

Entonces fue cuando conoció a un seudomédico, Des Hermies, hidalgo, *déclassé*,[2] que frecuentaba círculos espiritistas, de magos, astrólogos, etc., en los *basfonds*[3] cancerosos que existen en París.

Al principio, lo sedujo en su amigo el cuño original y misterioso de su vida. Esta seducción se acentuaba a medida que iba relacionándose con las personas más allegadas a Des Hermies, todas ellas atacadas por un misticismo acatólico y enfermizo, que exhalaba los miasmas de la más absoluta putrefacción espiritual.

Impulsado por sus inclinaciones de diletante, Huysmans no se inmutó a la vista de tal ambiente.

Saludable reacción ante los horrores de una misa negra

En esa ocasión, bajo condiciones misteriosas, le llegó una invitación para asistir a una misa negra, celebrada en honor del demonio por un sacerdote privado de las órdenes sagradas.

Excitada fuertemente su curiosidad, acepta la invitación y es conducido a un lugar extraño, en el que se amontonan mujeres y hombres cargados con el peso de todos los vicios y de todas las bajezas. Sobre el altar, un Cristo riendo en un *rictus* innoble, ultrajante. Suena una campana, entra el sacerdote. Empieza la misa, entre contorsiones de los presentes. Cuando llega el momento de la consagración, el sacerdote pronuncia las palabras sacramentales, bañado en sudor, la voz tomada de odio, la mirada cargada de extraños efluvios diabólicos. Distribuye la sagrada Eucaristía a los presentes, que la profanan abominablemente. Carcajadas satánicas, blasfemias tremendas, insultos implacables, nada se le ahorra al cuerpo adorable del Señor.

Nuno Moura

Al ver el odio de los malos contra la hostia consagrada, discernió la veracidad de la Iglesia Católica y pasó por una penosa conversión

Custodia con el Santísimo Sacramento

Manifestaciones evidentemente diabólicas irrumpen por todas partes. Es el triunfo de Satanás, glorificado por los asistentes en un delirio de abyección y de infamia.

Asqueado, herido en los pocos sentimientos que aún le quedaban, Huysmans se escabulle por la puerta y sale despavorido.

A partir de entonces una gran preocupación asaltó su inteligencia y terminó por llevarlo sumiso a los pies de la Iglesia. Había visto al demonio, había visto al espíritu de las tinieblas urdiendo contra la sagrada Eucaristía las más tremendas infamias.

Ahora bien, reflexionaba él, si el demonio, de cuya existencia ya no puedo dudar, odia la hostia consagrada por los sacerdotes católicos, es porque realmente ella es el Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, la Iglesia Católica es verdadera.

De ahí una conversión dolorosa, penosa, que se arrastra a través de innumerables luchas, de combates sin fin, librados contra la carne rebelde a los mandatos de la voluntad, y el espíritu rebelde a las exigencias de la fe.

Éxtasis ante las bellezas de la liturgia y los templos católicos

Cuando entra en una iglesia, se extasía ante las bellezas de la liturgia católica. Su alma se eleva a los pies de Dios al son del órgano, al desarrollo grave y acompasado de la música sacra. Pocas almas, como la suya, sintieron las bellezas del canto llano. […]

Al visitar asiduamente las iglesias de París, a todas las sorprendía en sus momentos de más intensa sentimentalidad.

Ora es Notre Dame de París, reteniendo en sus ojivas seculares unos restos de claridad filtrada a través de los vitrales, mientras desaparece en el cielo, lentamente, tristemente, un sol crepuscular. Ora es una iglesia de clase obrera, en la que observa detenidamente a unas mujeres paupérrimas, a unos mendigos, a unos obreros exhaustos, a unos miserables de los

Jorge Láscar (CC by 2.0)

Huysmans quedó extasiado con la belleza de las catedrales y con los esplendores de la liturgia católica, que trató de registrar en sus escritos

Interior de la catedral de Notre Dame de París

arrabales de París, que vienen todos ellos a dirigirle a Dios, después de una jornada de intensa labor, plegarias interminables, mientras, desde el interior del sagrario, el Señor invisible los consuela, repitiendo mudamente el Sermón de la montaña: «Bienaventurados los que lloran, los que sufren, los que tienen sed de justicia…».

No obstante, Huysmans aún no se atrevió a acercarse a los sacramentos. Recae en el pecado con tal facilidad que ni siquiera osa aproximarse del tremendo tribunal de la Penitencia. […]

Destellos de sobrenaturalidad en la vida de la Iglesia

Los acontecimientos lo acercan a un sacerdote francés inteligente y virtuoso, y Huysmans empieza a frecuentar las ceremonias religiosas católicas, que despiertan en él impresiones indelebles que nos legó en páginas magistrales.

Sus descripciones de la tristeza tenebrosa del *De profundis*, de las imprecaciones ardientes del *Miserere*, de la alegría exultante del *Magníficat*, son páginas literarias que glorifican el idioma en que fueron escritas.

Por cierto, constituye la obra de Huysmans una aplicación interesantísima del naturalismo a asuntos religiosos, aspecto éste que la llena de originalidad.

Desde el punto de vista estrictamente religioso, interesaba principalmente el género nuevo de apologética que Huysmans trató de instituir.

No le preocupan los argumentos filosóficos, las disputas científicas, en que los silogismos se debaten pro o contra la fe. Ya lo decía el poeta francés que, *à force de raisonner, on perd la raison*.[4]

Hace de la Iglesia una descripción material objetiva, a través de la cual pretende poner de relieve, con inimitable habilidad, los destellos de sobrenaturalidad que se desprenden de la liturgia magnífica, enriquecida por un simbolismo conmovedor, del canto llano estupendo, en sus imprecaciones vehementes, en el tumulto de sus contriciones, en la explosión de sus irrupciones de confianza en la Providencia divina, en el lagrimear armonioso de sus oficios de difuntos.

Le impresionan sobremanera las órdenes religiosas, en las cuales ve, con razón, la cristalización del espíritu evangélico.

Le fascinan las penitencias de las carmelitas, las austeridades implacables de las benedictinas y de las sacramentinas, los rigores de las reglas monásticas en general.

Entre todas, sin embargo, una orden llama su atención, por la estupenda belleza de sus principios constitutivos: la de los trapenses.

Entonces, decide, impulsado por los consejos de su amigo sacerdote, hacer un retiro de unos días en una Trapa lejana.

Nos adentramos, pues, en la parte más interesante de su libro.

Belleza moral de las órdenes contemplativas

Cabe decir que, como los antiguos cristianos, que prohibían a los paganos la asistencia a los misterios sagrados, sentimos el deseo de vetar la lectura de lo que sigue a espíritus incrédulos, que tendrán probablemente, para con la incomparable belleza moral de la vida trapense, la sonrisa estulta o el calambur sin sentido con el que un hotentote comenta la complicación —para él inútil— de un mecanismo moderno, cuyo funcionamiento está por encima de su comprensión.

Según el dogma de la comunión de los santos, cuya aceptación impone la Iglesia a todos los fieles, los sufrimientos de un alma pueden ser aplicados en expiación de los pecados de otra. Satisfecha, así, la justicia divina, puede la misericordia incitar al pecador a la conversión.

De ahí la importancia de las órdenes religiosas que, en la contemplación de Dios y en la penitencia incesante, encierran (deberíamos decir *sepultan*) a las criaturas, durante toda

una vida, en humildísimos conventos, para expiar así las ignominias del mundo pecador, y que participan, por tanto, de toda la elevación moral del santo sacrificio del Calvario.

Es cierto que los sibaritas, tan frecuentes en el siglo XX, turbados en sus gozos por la visión de tanta abnegación y tanto sufrimiento, pretenderán calificar de salvajismo inhumano tal proceder.

Es cierto que para algunas personas, para quienes el oro es el único ideal de la vida, y que consideran al hombre exclusivamente según lo que produce, el trapense es un inútil, pues su actividad «no da fruto».

Sus apreciaciones profanan tales asuntos. Mejor sería que permanecieran callados sobre temas ajenos a su comprensión.

Prueba de que la Iglesia no perdió la savia que alimentaba a los mártires

Éstas fueron las consideraciones que ocuparon a Huysmans durante su viaje de París a la Trapa.

Su impresión, cuando se acostumbró a la vida del convento, fue la de un verdadero deslumbramiento.

Monjes plácidos y austeros, invariablemente vestidos de blanco, se dedicaban, dentro de una reclusión perpetua, a trabajos manuales, y especialmente a la oración y la penitencia, que les consumían la vida. Por cama, una tabla. La alimentación, de un rigor extremo, era exactamente lo necesario para impedir que los monjes enfermaran gravemente, víctimas del hambre. Por todas partes, el silencio. Sólo una voz hablaba: la de la contrición y de la reparación, expresadas a través de todas las actitudes y de todas las acciones.

Las Trapas constituyen la más magistral respuesta a los que afirman que la Iglesia perdió la savia que alimentaba a los mártires de los primeros siglos del cristianismo. Si es cierto que se necesita un heroísmo sobrehumano para que alguien pueda someterse a los tormentos del Coliseo, también es cierto que la agonía de una vida entera, deslizada lentamente entre los cilicios y las mortificaciones, constituye un tormento que a todos supera, por el rigor y por la prueba que imponen a la perseverancia.

Reproducción

La vida austera y recogida de los monjes trapenses lo dejó profundamente tocado y le ayudó a reconciliarse con Dios

«Claustro de la Cartuja», de François Marius Granet - Museo de Arte e Historia de Provenza, Grasse (Francia)

Reintegración en el catolicismo

Una noche, Huysmans, inquieto, no conseguía dormir. Se levantó entonces y se dirigió a la capilla, que suponía estaría desierta. Al entrar, distinguió vagamente, a través de la penumbra que se filtraba por la claraboya de una cúpula, las blancas figuras de los trapenses, que les robaban a sus pocas horas de sueño el tiempo necesario para alimentar su espíritu en la oración.

Algunos, curvados por la humildad, se prostraban en el suelo. Otros, como llamas de velas que se dirigen a lo alto, erguían el busto en una actitud de imprecación ardiente, de súplica vehemente, que sólo la pluma de Huysmans consigue describir. Otros, en fin, abatidos por la enormidad de los pecados del mundo, que deberían expiar, en una actitud de profunda contrición gemían un miserere.

Lentamente, la mañana penetra a través de la claraboya. Las formas blancas agudizan su contorno, aún bañadas en la claridad suave de la aurora. Raya finalmente el sol. Todos los trapenses se dirigen a sus bancos. Toca la campana e irrumpe radiante la *Salve Regina*.

La observación de tales escenas caló hondamente en el ánimo de Huysmans, que, por fin, resuelto a confesar sus pecados, se prostra a los pies de un trapense, a quien, en profunda contrición, confía todos sus delitos contra Dios y contra los hombres. Al día siguiente, comulga. Hecha así su integración en el catolicismo, se retira de la Trapa con recuerdos imperecederos. ✧

Extraído, de: *O Legionário*. São Paulo. Año VI. N.º 93 (31 ene, 1932), p. 1; N.º 94 (21 feb, 1932), p. 2.

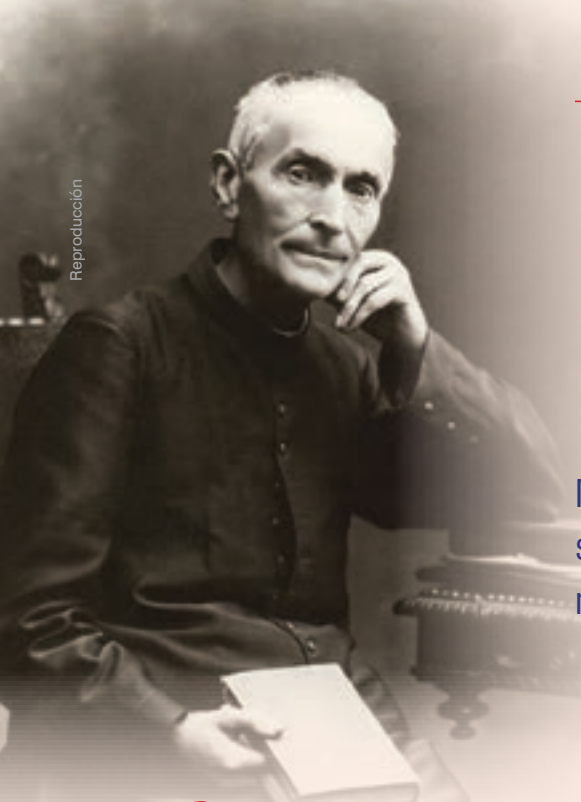
---

[1] Habiendo sido escrito este artículo en 1932, el Dr. Plinio se refiere al siglo XIX.

[2] Del francés: desclasado, venido a menos.

[3] Del francés: escoria, submundo de la sociedad.

[4] Del francés: a fuerza de razonar, uno pierde la razón.



Reproducción

Beato Miguel Rúa

La victoria de Don Bosco

Mucho más que un discípulo, un amigo, un hijo o un sucesor, Dios le dio a San Juan Bosco otro él mismo para que su obra se expandiera.

Hna. Mariana de Oliveira, EP

La continuación y perpetuidad de una Orden religiosa dependen, en gran medida, de la acción y fidelidad de sus miembros para con la persona elegida por el Espíritu Santo para establecer un nuevo carisma en la Iglesia. Por eso, a lo largo de la historia de las fundaciones, Dios no ha dejado de suscitar hombres que fueran reflejos eximios de sus maestros y que prolongaran su actuación.

Como la torre de una iglesia de una gran ciudad, abandonada entre gigantescos rascacielos y una pavorosa cacofonía, pero que anuncia su presencia a través de los sonoros tañidos de la campana que alberga, así el fundador ve proyectada y perpetuada, por medio de sus discípulos, la misión providencial a la que ha sido llamado. Y en la vida del Beato Miguel Rúa contemplamos una magnífica prueba de esa realidad: él fue como la campana que hizo resonar a lo lejos el espíritu y la mentalidad de San Juan Bosco, fundador de la Congregación Salesiana.

En efecto, un fraile capuchino que lo conoció se expresaba así en cierta ocasión: «He visto un milagro: ¡a Don Bosco resucitado! Don Rúa no es sólo el sucesor de Don Bosco, es otro él mismo, la misma dulzura, la misma humildad, la misma sencillez, la misma grandeza de ánimo, la misma alegría que irradia a su alrededor. Todo es milagro en la vida y en las obras de Don Bosco: pero esta perpetuidad de él mismo en Don Rúa me parece el más grande de todos los milagros».[1]

Los primeros años

Turín fue la cuna de Miguel Rúa. Nacido el 9 de junio de 1837, último fruto de las segundas nupcias de Juan Bautista Rúa con Juana María Ferrero, era el benjamín de una familia de fervorosos católicos, como lo atestigua su Bautismo, que se produjo apenas a las cuarenta y ocho horas de su nacimiento.

Tras la muerte de su progenitor, el pequeño Miguel Rúa conoció a otro Juan, que sería para él un verdadero padre

Juan Bautista era un hombre trabajador, honrado y muy inteligente, motivo por el cual ejercía un buen oficio en la Real Fábrica de Armas, de Borgo Dora, un pequeño barrio de la capital piamontesa. Dentro de la propia manufactura consiguió una vivienda para su familia. En este escenario creció y estudió el pequeño Miguel, teniendo como profesor y catequista a un capellán y como compañeros a los hijos de los demás obreros.

A la edad de 8 años el niño ya estaba listo para hacer la Primera Comunión. No obstante, una nube vino a oscurecer el cielo azul de aquella familia: el 2 de agosto de 1845 fallecía el eximio padre y fiel esposo. Curiosamente —o providencialmente— un mes después de la muerte de su progenitor, el joven huérfano conoció a otro Juan…

Un trascendental encuentro

El Oratorio fundado por el P. Juan Bosco, dedicado a la educación y formación religiosa de los niños pobres, se había hecho muy conocido en la populosa Turín de entonces.

Un día, Ramón Bautista, un compañero de Miguel en la escuelita de la Real Fábrica de Armas, llevaba una preciosa corbata que había comprado

en una fiesta del Oratorio. Este hecho dio pretexto a un entusiasmado relato sobre Don Bosco, aquel bendito lugar, los juegos, los niños… Y Miguel no dudó en acompañar a su amigo el domingo siguiente.

Al llegar, el santo se le acercó a saludarlo. Miguel recibió afectuosas palabras y, enseguida, la invitación de frecuentar el Oratorio. El célebre sacerdote era muy apreciado y, por muy jovial que fuera su carácter, no hacía nada sin un profundo significado. ¡Esto lo sabían todos!

En una ocasión, en 1847, el pequeño Miguel, con tan sólo 10 años, se aproximó a él para recibir una de las medallas y estampas que solía repartir entre los niños. Don Bosco, como quien no tiene prisa, disimula que no entiende lo que le pedía y sonriendo le pone el bonete en la cabeza.

No obstante, Miguel siguió insistiendo:

—¡Deme una estampita!, ¡una estampita, por favor!

En ese momento, Don Bosco alargó la palma de su mano izquierda y con la derecha, en ademán de cortarla, le decía sonriendo:

—¡Toma, Miguelito, toma! Iremos a medias.

La escena se repitió varias veces, y el joven Rúa se retiraba pensando qué querrían decir aquel gesto y aquellas palabras…

Primer puntal de la fundación salesiana

A partir de estos primeros encuentros, San Juan Bosco discernió misteriosamente que el pequeño Miguel estaba destinado a ser su principal asistente en la congregación que fundaría. Comenzaba una relación que duraría para siempre.

Tan pronto como fue posible, Don Rúa se convirtió en secretario de Don Bosco, hecho que le permitió seguir de cerca la laboriosa vida de su padre espiritual. Su encanto y admiración lo llevaron a anotar, cual amanuense, cada uno de sus hechos y palabras, de modo que no se escapara nada.

Desde temprana edad, el joven Miguel conquistó el corazón de Don Bosco, convirtiéndose en una prolongación viva de su espíritu

Gracias a estos apuntes se pudo conocer cómo el gran santo de Turín, a la manera del divino Redentor, se preocupó en delinear la Regla salesiana primero en las almas y, sólo después, en el simple papel.

Así escribió Miguel Rúa en enero de 1854, cuando aún era un adolescente: «Nos hemos reunido en la habitación de Don Bosco, Rocchietti, Artiglia, Cagliero y yo. Se nos ha propuesto hacer una prueba de ejercicio práctico de la caridad con el prójimo. A continuación, haremos una promesa y después un voto. A los que hagan esta prueba y a los que la harán más tarde recibirán el nombre de "Salesianos"».[2]

De este modo comenzó la Congregación Salesiana, y Don Rúa parece haberles abierto el camino a los que pasarían ese «concurso». El 25 de marzo de 1855, a instancias de Don Bosco, hizo sólo él los votos de obediencia, castidad y pobreza. Oficialmente, la Sociedad Salesiana acogía a su primer retoño. Sobre aquel joven de 18 años, el fundador sentaba las bases de su obra.

Se cumple al pie de la letra el «iremos a medias»

Si fuera posible enumerar la prodigiosa labor de Don Rúa junto con Don Bosco, gastaríamos páginas y páginas.

Desde que era un joven asiduo del Oratorio, Miguel recibió el encargo, por iniciativa de San Juan Bosco, de cuidar de los demás muchachos. Conforme iba creciendo y formándose, tales responsabilidades no hicieron más que aumentar. Se iba convirtiendo cada día en la *longa manus* de su padre espiritual.

Cuando se trataba de reavivar el espíritu salesiano en algún lugar, Don Bosco enviaba a Don Rúa. Cuando era necesario emprender un viaje en beneficio del instituto, fundar una nueva casa, darles un impulso o reorganizar las ya existentes, también le cupo a él la tarea. Poco a poco el santo fue confiriéndole a su hijo predilecto encargos que exclusivamente le correspondían como fundador, a fin de mostrarles a todos con quién quería dejar su bastón de mando.

Don Rúa, por su parte, dotado de portentosa energía de alma y, sobre todo, de ardiente amor al maestro que Dios le había dado, lo soportaba todo con ilimitada disposición. Desde su primera misión —la fundación de una casa salesiana en Mirabello Monferrato, también en la re-

Reproducción

Sumario

gión del Piamonte— reveló el secreto que siempre coronaría de éxito todas sus empresas: «En Mirabello trataré de ser Don Bosco».[3] ¡Y así fue!

Don Rúa en la consideración de Don Bosco

«Si el Señor me dijera que iba a morir pronto y que eligiera un sucesor, y que pidiera para él todas las cualidades y virtudes que yo quisiera, te aseguro que no sabría qué pedir al Señor con este fin, porque todo eso veo que lo tiene ya Don Rúa».[4] Con estas palabras se expresó el carismático fundador de los salesianos cuando su discípulo tenía tan sólo 30 años. Se enorgullecía de aquel hijo. Don Francesia —coetáneo de ambos en el Oratorio— escribió que el joven conquistó el corazón de Don Bosco desde muy pronto.

Es portentoso que un fundador pueda hacer tales afirmaciones de un miembro de su familia espiritual. Dios galardonó al gran Don Bosco dándole no sólo un hijo, un seguidor, un discípulo, un amigo, sino un como que «otro él mismo».

Personalidad del Beato Miguel Rúa

Muy acertada es la afirmación de San Pablo de que «una estrella se distingue de otra» (1 Cor 15, 41). Aunque Don Rúa fuera aclamado por sus contemporáneos como otro Don Bosco, algunas de sus características personales eran diferentes de las de su maestro. En este sentido, su misión consistió también en completarlo. En efecto, la distinción entre ambos no los separó, sino que los unió, con vistas a la realización del designio de Dios en relación con ellos y con la obra salesiana.

Es unánime el reconocimiento de las cualidades de Miguel Rúa: hombre de noble carácter, de rectitud de conciencia, de agudísima inteligencia y de prodigiosa memoria, de talento organizador, pero, sobre todo, de alma humilde y rebosante de fe.

San Juan Bosco y el Beato Miguel Rúa el 3 de mayo de 1886

> *Poseía Don Rúa características personales distintas a las de su maestro. En este sentido, su misión consistió también en completarlo*

Su semblante era sonriente, su presencia discreta, su ánimo perpetuamente sereno. Su corazón, sin embargo, era ardiente y sus horizontes, muy amplios. La capacidad que tenía para dominar y llevar a buen término una serie de empresas al mismo tiempo le daba una destacada nota de determinación.

También era manifiesto su buen humor, incluso en las horas más difíciles. El 2 de abril de 1910, por ejemplo, estando a cuatro días de la muerte —y, por tanto, en estado grave y probablemente sufriendo un dolor insoportable—, Don Rúa preguntó a los que lo acompañaban:

—Cuando muera, ¿adónde me meteréis?

Confundidos por la incómoda indagación, el director espiritual de la congregación, D. Pablo Álbera, le respondió:

—Nosotros no pensamos en eso. Estamos pidiendo su curación, para que pueda seguir haciendo todo el bien que hace.

Don Rúa no insistió, pero al comprender el mal rato que le había dado a su interlocutor, dijo bromeando:

—He hecho esa pregunta para saber, cuando llegue el Juicio universal, dónde he de ir a recoger mis pobres cenizas. Puede ser que me dirija a un sitio y allí no las encuentre, y comience a dar vueltas de un lado para otro…

Así era Don Rúa: tan diferente y, al mismo tiempo, tan otro Juan Bosco.

Un vínculo que incluso la muerte respetó

Nos encontramos en 1868. La célebre Congregación Salesiana se expande, los trabajos no hacen más que aumentar y la afluencia de miembros del instituto con ocasión de la inauguración de la iglesia de María Auxiliadora es inmensa. Don Rúa no goza de buena salud. Haciendo caso omiso de su dolencia, cumple normalmente con sus obligaciones, siempre repitiendo la frase que se hizo famosa en sus labios: «¡Todo por el Señor! Se haga su santa voluntad».[5] Un día, no obstante, la enfermedad da señales de ganar el duelo: parece que él está a punto de morir, y su padre espiritual está ausente.

Al enterarse de la grave situación de aquel hijo tan dilecto, Don Bosco afirma en son de broma: «Don Rúa no parte sin mi permiso».[6] Y se va tranquilamente a cenar. Después, se dirige al lecho del enfermo, quien con voz apagada le pide:

—Don Bosco, deme pronto su bendición y los santos óleos, porque ha llegado mi último momento.

—Tranquilízate. ¿Piensas irte sin mi permiso? Muchas cosas te quedan aún por hacer.

Y como insistiera el enfermo, le repite:

—Cálmate, hijo mío, pues bien sabes ya que Don Rúa nada hará sin el consentimiento de Don Bosco.

Contra toda humana esperanza, la enfermedad desapareció. Poco a poco, el vigor físico volvió al discípulo, que enseguida pudo retomar su operosa rutina cuarenta y un años más.

Don Rúa falleció el 6 de abril de 1910, a la edad de 62 años. Después de asumir la dirección de la Congregación Salesiana en 1888, vio aumentar el número de sus miembros de poco más de setecientos a cuatro mil, repartidos en treinta y tres países.

La virtud más destacada de Miguel Rúa

Para finalizar estas consideraciones, el deseo de determinar la virtud primordial practicada por el Beato Miguel Rúa, que sea capaz de resumir sus días en esta tierra, es inevitable. Su propia vida, sin embargo, resuelve este interrogante: su admiración por San Juan Bosco.

Esta virtud fue su flujo vital: con las alas de la admiración, voló en el inmenso cielo del alma de su padre y fundador; por medio de ella, lo amó y lo entendió; bajo su impulso, incansablemente trabajó por la salvación de los jóvenes; porque la poseía, se conservó sereno en las pruebas, determinado en las luchas y constante en las victorias; a través de ella, finalmente, llegó a ser un complemento y un sustento para su maestro.

No sin razón, un biógrafo comenta sobre Miguel Rúa y su fundamental apoyo a Don Bosco: «Presente desde el inicio de la Obra salesiana, Don Rúa captó su intrínseca virtualidad expansiva y la desarrolló con coherencia y creatividad. Las intuiciones del carismático fundador se convirtieron en Don Rúa en institución. Don Bosco "soñó" en grande, y Don Rúa lo realizó. Don Bosco "reveló", y Don Rúa dio las indicaciones prácticas. […] Don Bosco "inventó" su Oratorio, y Don Rúa lo enriqueció con nuevas modalidades. Don Bosco señaló a los salesianos obras precisas en favor de los jóvenes, y Don Rúa los introdujo por caminos nuevos».[7]

La admiración de Don Rúa por el fundador fue la campana que hizo posible que la torre salesiana conmoviera a la sociedad de su tiempo

Efectivamente, la admiración de Don Rúa fue la campana que hizo posible que la torre salesiana conmoviera a la sociedad de su tiempo. Sin recelo se puede creer que Don Bosco venció, porque tuvo a un Miguel Rúa. ✧

---

[1] ARAGÓN RAMÍREZ, SDB, Miguel. *Beato Miguel Rua. El salesiano número uno.* Madrid: CCS, 2012, p. 20.

[2] Ídem, p. 58.

[3] Ídem, p. 83.

[4] Ídem, p. 222.

[5] Ídem, p. 229.

[6] FRANCESIA, SDB, Juan Bautista. *Memorias biográficas de Don Miguel Rúa, primer sucesor de Don Bosco.* Buenos Aires: Colegio Pío IX de Artes y Oficios, 1912, p. 95.

[7] ARAGÓN RAMÍREZ, op. cit., p. 21.

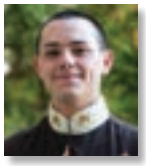
Atardecer en Prato (Italia)

Yavir - Pixabay

Sumario

La grandeza del fracaso

¿Es posible que el fracaso sea un camino elegido por el Creador para restaurar la grandeza original de la humanidad?



Fabricio Ávila Paniagua

Siglo XXI. Época en la que la existencia del hombre se ha vuelto más fácil en todo gracias al abrumador progreso de la ciencia, y casi todas sus necesidades son satisfechas de una manera sencilla y rápida. No obstante, hay una fatalidad que la tecnología, por muy avanzada que esté, no puede evitar: ¡el fracaso! Es imposible encontrar a alguien que no haya fracasado alguna vez en su vida.

Sin embargo, esa palabra puede provocar miedo e incluso pánico… En un mundo que se ha olvidado de Dios, cuesta entender que la desgracia, el sufrimiento y las pruebas lleguen a ser un medio con el cual Él manifiesta su amor por nosotros.

Pero ¿por qué el Creador ha elegido ese instrumento? ¿Qué beneficio puede obtener el hombre con esas contrariedades? ¿Es posible, realmente, que haya grandeza en algo tan repulsivo para nuestra naturaleza como el fracaso?

La grandeza originaria del primer hombre

Para dilucidar esta cuestión, remontémonos al comienzo de la humanidad. Dios habría creado al hombre para que gobernara (cf. Gén 1, 26). Lo introdujo en el Edén (cf. Gén 2, 8) para que dominara a todos los seres, los cuales estaban sujetos a sus órdenes. Ahora bien, podemos conjeturar que Adán percibía esta armonía imperial dentro de sí y contemplaba en la naturaleza el reflejo de la generosa magnificencia del Omnipotente. Esa sensación interna producía en su espíritu un deleite lícito de la grandeza que Dios había puesto en él. Se sentía como el monarca *minor* del orden de la creación y se consolaba siendo una irradiación de ese atributo divino.

Reproducción

En medio de la noche oscura del espíritu, Adán se olvidó de la convivencia con Dios y, sintiéndose abandonado, empezó a llevar una rutina independiente del Creador

La creación de Adán - Museo de la catedral de Milán (Italia)

¿De dónde procedía la grandeza de Adán? De la unión que poseía con Dios, porque había sido creado a su imagen y semejanza (cf. Gén 1, 26). Por lo tanto, la magnificencia tenía una relación muy íntima con su vocación, pues él representaba, de manera especial, la grandeza del Altísimo en el universo material.

Imaginando un proceso de decadencia

Al contemplar la predilección que el Señor había depositado en el primer hombre y ver cómo éste terminó ofendiéndolo, es difícil no admitir que existiera un proceso anterior que predispusiera a Adán al pecado. Convivir en intimidad con Dios todos los días y caer, de repente, en una falta gravísima, no parece admisible. ¿Cómo se produjo esta decadencia?

Las Escrituras son bastante sucintas en la descripción del pecado original, y no proporcionan indicios de cómo el primer hombre habría comenzado su declive. En consecuencia, nos vemos libres para plantear hipótesis con base en los diversos procesos de decadencia espiritual catalogados a lo largo de la historia. Podríamos suponer, por ejemplo, que Adán estuviera pasando por una noche oscura del espíritu.[1]

Adoptando esta hipótesis, deberíamos imaginar que el padre de toda la humanidad vagaba por el

paraíso, rezando y pidiendo a Dios que se manifestara. No obstante, cuanto más suplicaba, menos parecía que era escuchado, porque el Creador ya no bajaba a la hora de la brisa de la tarde para conversar (cf. Gén 3, 8), ya no le hablaba al corazón ni siquiera a través de inspiraciones sensibles de la gracia. No había nada que consolara su alma. Adán estaba completamente deshecho, desorientado en medio de su aflicción y sin saber a quién acudir. ¡Dios «lo había "abandonado"»!

Al no tener ya el consuelo de la convivencia sensible con su Señor, el hombre se ponía a extraer la «fragancia» de la presencia que Él había dejado en la naturaleza. La creación era como un álbum de fotos que le hacía acordarse de Dios y de las numerosas gracias que había recibido en su relación con Él. De esta forma trataba, en cierto modo, superar la tremenda sensación de aislamiento por la cual estaba pasando.

Cómo se habría aprovechado de esto el demonio

El demonio —como extraordinario psicólogo— diagnosticó el estado en el que el primer varón se encontraba y, sin duda, trató de sacar provecho de ahí.

Trabajó sus sentidos externos e internos con la intención de agudizar su sensibilidad en relación con las maravillas del orden de la creación. Al principio, debió haber deslumbrado a Adán resaltando los aspectos naturales de las bellezas del paraíso, relegando a Dios Creador a un segundo plano, y luego, con el paso del tiempo, haciendo que lo pusiera al margen de sus consideraciones. Fue lo que probablemente ocurrió… Nuestro primer padre ya no admiraba en el mundo los reflejos divinos, sino que se deleitaba con los esplendores de cada criatura en sí mismos, como si estas cualidades le reflejaran a él, hombre, y no a Dios.

El terreno estaba listo para que el demonio le hiciera dar un paso más hacia el fruto prohibido.[2]

Reproducción

El fruto prohibido era la «consolación» que el demonio daba a su probación y la respuesta a sus anhelos: «Seréis como Dios»

Adán y Eva comen el fruto prohibido - Catedral de San Miguel y Santa Gúdula, Bruselas

La autosuficiencia lleva a la mediocridad

Adán empezó a vivir una rutina independiente de Dios, de «ateísmo práctico», podríamos decir. Creía en Dios e incluso le dirigía plegarias, pero no lo tenía presente en sus quehaceres durante el día, no recordaba las gracias recibidas, alimentaba cada vez más la confianza en sí mismo, que le daba una sensación de autodominio, de fortaleza y de superioridad.[3] Finalmente, había encontrado un término medio entre el rechazo a Dios y la grandiosa vocación que poseía. En una palabra, había caído en la mediocridad.[4]

El demonio sólo le presentó el fruto prohibido a Adán cuando percibió que se había acostumbrado a un estado de predisposición al pecado, es decir, de confianza en sí mismo, falta de vigilancia y visión naturalista.

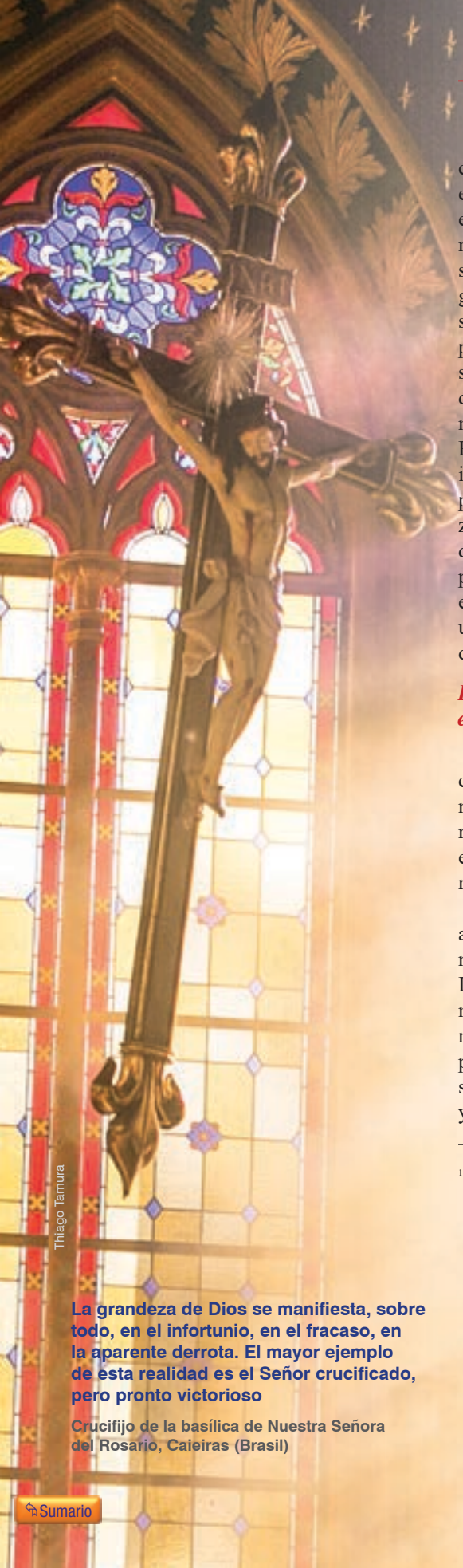
Luego la tentación había sido «tallada» a la medida de Adán; y el fruto prohibido era la «consolación» que el demonio daba a su probación y la respuesta a sus anhelos: «Seréis como Dios» (Gén 3, 5). Esto es, se trataba de la consumación de una vida en que Adán ya no necesitaría de Dios. Al bastarse a sí mismo, se convertiría en el modelo y señor de la creación. Y la conclusión de la historia es conocida…

¿Cuál fue la falta de Adán?

¿En qué consistió, entonces, el pecado de Adán?

Sería ridículo pensar que, por el simple hecho de comer una fruta, toda la humanidad viera cerradas las puertas del Cielo. Por supuesto que hay un pecado más profundo detrás de esto. El acto material, representado por la ingestión del alimento prohibido, fue una mera consecuencia de esta disposición anterior.[5]

No hay duda de que si «el principio de todo pecado es el orgullo» (cf. Eclo 10, 15 Vulg.), fue éste, en última instancia, la causa de la falta de nuestro primer padre. Por cierto, ésa es la opinión corriente entre los Padres de la Iglesia.[6] Sin embargo, hay otro aspecto a resaltar en este capítulo del origen de la humanidad.



Thiago Tamura

La grandeza de Dios se manifiesta, sobre todo, en el infortunio, en el fracaso, en la aparente derrota. El mayor ejemplo de esta realidad es el Señor crucificado, pero pronto victorioso

Crucifijo de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Cuando Adán consintió en la execrable ofensa a su Padre, completó el proceso de olvido del Creador por el cual ya estaba pasando: explícitamente rechazó ser hijo y esclavo, para ser señor; rechazó ser asumido por la grandeza de Dios, para exhibir su falsa grandeza; rechazó la Luz increada, para manifestar su brillo personal. Deseó igualarse al Altísimo, apropiándose de los dones recibidos, para vivir de la magnificencia que pensaba que poseía. Por lo tanto, formalizó su pretendida independencia de Dios para seguir su propio camino.[7] Ahora bien, al comienzo de este artículo vimos que la grandeza de Adán le venía del hecho de ser propiamente un vicario del Creador en el universo. Así pues, al rechazar esa unión con el Señor, su pecado atentó directamente contra la grandeza.

La grandeza a la que todos estamos llamados

Sería posible dividir la humanidad con base en este criterio: los que reconocen su nada y se dejan asumir enteramente por la Grandeza increada que es Dios; y los que la rechazan, para realizar su propia grandeza.

Todos los hombres están llamados a ser grandes, conforme sus condiciones y según la vocación de cada uno. La grandeza no es un privilegio de los monarcas o de los que estuvieron llamados a desempeñar una misión de prestigio en la sociedad. Poseerla no se resume en vestir rica indumentaria y participar en pomposas ceremonias; no se traduce en conquistas fabulosas, obtenidas por intrépidos generales al frente de ejércitos invencibles.

Sin embargo, la grandeza sólo adquiere su plena estatura en la medida en que el hombre se une a Dios. Toda gloria humana, al margen de esta relación divina, son efímeros fuegos artificiales que al principio impresionan, pero que el viento de los acontecimientos hace desaparecer de los cielos de la historia.

La grandeza de Dios es perenne y se manifiesta, sobre todo, en el infortunio, en el fracaso, en la aparente derrota. A menudo, lo que parece ser un desastre a los ojos humanos constituye un triunfo a los ojos divinos, «pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1, 25). El mayor ejemplo de esta realidad lo encontramos en Nuestro Señor Jesucristo, la Grandeza encarnada, rechazada y crucificada, pero pronto victoriosa.

Podemos decir que el Creador eligió el fracaso como medio para restaurar y recuperar la grandeza que el hombre poseía originalmente, porque es en el crisol del holocausto donde se revelan los quilates del alma humana, es en el estertor del sufrimiento enfrentado con magnanimidad donde brilla la verdadera grandeza.

En nuestra debilidad se manifiesta la grandeza

Además, cuando se presenta la flaqueza humana, se crean las con-

[1] Ésa es una prueba a la cual son sometidas las almas especialmente llamadas, que Dios quiere elevar a las más altas cumbres de la santidad y de la unión con Él (cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología de la perfección cristiana*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1962, p. 409). San Juan de la Cruz hace una minuciosa descripción de los terribles sufrimientos espirituales que la acompañan. He aquí una pequeña muestra: «Sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada e indigna de Él» (SAN JUAN DE LA CRUZ. «Noche oscura». L. II, c. 6, n.º 2. In: *Obras Completas*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2009, p. 530).

[2] Sobre la disposición de alma que precedió al pecado de Adán, San Agustín se expresa con estas palabras: «"El principio de todo pecado es la soberbia". Y ¿qué es la soberbia sino el apetito de un perverso encumbramiento? El encumbramiento perverso no es otra cosa que de-

Gloriosa marca de las almas fieles

Aquel virginalísimo connubio de María y José consistía, sobre todo, en un intercambio de corazones por el cual las gracias que habitaban en el interior de uno eran experimentadas por el otro, permitiéndoles compartir los mismos anhelos. Mientras el Glorioso Patriarca se beneficiaba del manantial de gracias existentes en el Inmaculado Corazón de la Virgen, Ella recogía de su esposo las fuerzas, la determinación y la confianza que palpitaban en su ígneo corazón.

La grandeza de un alma no se mide tanto por los éxitos obtenidos en sus emprendimientos, sino por la serena humildad con que somete su voluntad a los designios divinos y por la determinación de seguir adelante con confianza, a pesar de sus propios fracasos, al considerarlos el mejor camino para alcanzar la victoria de Dios. Esta serenidad frente al infortunio es la gloriosa marca de las almas verdaderamente fieles.

La Virgen y San José son el augustísimo ejemplo de esta fidelidad, modestia y sublime disposición para cumplir la voluntad divina, incluso cuando ésta exija abrazar la tragedia y la derrota. Y sólo conseguirán seguir los pasos de estos santísimos esposos aquellos que se dispongan a recorrer este camino con generosidad, paciencia y constancia, aceptando todos los desastres y absurdos que el Señor quiera enviarles.

El fracaso que Dios pide hoy es siempre el prenuncio de la gran victoria de mañana. Aquellos que en medio del frío y la oscuridad de la noche de las pruebas y de las luchas interiores sepan mantener encendido el fuego de sus corazones con el calor de la confianza y la luz de la certeza de la victoria, serán dignos de contemplar, al rayar la aurora, el brillo esplendoroso de la Estrella de la mañana. ✧

CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, pp. 334-335.

diciones para la manifestación de la grandeza sobrenatural, como afirma San Pablo: «Se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza» (1 Cor 15, 43). Por eso nos es de enorme beneficio sentir nuestra propia debilidad, ya que así nos preparamos para reconocer más fácilmente que las obras grandiosas que hacemos no vienen de nuestras cualidades personales, ni siquiera de las virtudes que podamos practicar, sino de una participación en la omnipotencia de Dios, como declara una vez más el Apóstol: «Me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo» (2 Cor 12, 9).

Todo hombre lleva en su interior la tendencia —intensificada por los efectos del pecado original— de apegarse a aquello que posee y, lamentablemente, hasta de aquello que no posee, pero cree que tiene. Y esa concepción distorsionada se manifiesta con frecuencia en la vida espiritual, incluso en los más fervorosos. Se concibe un método, se aplica el esfuerzo y, como resultado, uno piensa que puede alcanzar la santidad por mérito propio, casi diríamos «natural». La oración, según tal concepción, entra en la «composición» del progreso en la virtud como un elemento más entre otros tantos. Ahora bien, para sanar ese «virus», Dios permite fracasos monumentales que hacen que las personas se den cuenta de que sin Él no pueden hacer nada (cf. Jn 15, 5).

Por eso, nuestra vida en la tierra, para cada cual según su medida, es una alternancia de triunfos y fracasos, a fin de que, disminuidos los riesgos de apropiarnos de las dádivas divinas y creadas las condiciones para reconocer nuestra propia flaqueza, podamos servir de instrumentos eficaces para las grandiosas intervenciones de Dios. ✧

---

jar el principio al que el espíritu debe estar unido y hacerse y ser, en cierto modo, principio para sí mismo» (SAN AGUSTÍN. «La Ciudad de Dios». L. XIV, c. 13, n.º 1. In. *Obras Completas*. 6.ª ed. Madrid: BAC, t. XVII, 2007, p. 101).

[3] «Cometió, diríamos hoy, un pecado de "naturalismo"; no queriendo recibir de Dios la norma de su propia vida, pensó que podía valerse por sí mismo (autosuficiencia), vivir su vida libre y felizmente» (BARTMANN, Bernardo. *Teologia Dogmática*. São Paulo: Paulinas, 1962, t. I, p. 450).

[4] «La magnanimidad es una virtud que inclina a acometer obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes. Empuja siempre a lo grande, a lo espléndido, a la virtud eminente; es incompatible con la mediocridad» (ROYO MARÍN, op. cit., p. 547).

[5] «No se llegaría a una obra mala si no hubiera precedido una mala voluntad" (SAN AGUSTÍN, op. cit., p. 101).

[6] Cf. BARTMANN, op. cit., p. 448.

[7] Santo Tomás de Aquino explica que la soberbia de Adán consistía en querer asemejarse a Dios de dos maneras. Una de ellas coincide con la que hemos expresado: «El primer hombre pecó sobre todo al desear la semejanza con Dios [también en cuanto] al mismo poder operativo, es decir, el poder según su propia naturaleza, obrar de modo que consiguiera la bienaventuranza» (SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 163, a. 2).

Reproducción

Educadora eximia, madre extremosa

Elevación y dulzura son dos cualidades que según el concepto moderno se excluyen, pues una persona acostumbrada a lo sublime alejaría de sí a los otros, tendiendo a lo severo. Sin embargo, Dña. Lucilia era un ejemplo de lo contrario.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Ni de lejos las palabras de Dña. Lucilia estaban desprovistas de significado y atracción. Pero, más que por ellas, era especialmente a través de sus actitudes y de su modo de ser que transmitía a los otros, sobre todo a sus hijos, el deseo de hacer el bien y de seguir las vías de la perfección moral. Símbolo vivo de las virtudes que ella practicaba, su presencia impregnaba, intensa pero discretamente, de consuelo, de luz y de paz cualquier ambiente donde se encontrase.

Mirada serena, voz aterciopelada, sonrisa luminosa

Su mirada era serena y de un castaño muy oscuro; la luminosidad de sus ojos poseía una intensidad que cambiaba en función de cuanto quería caracterizar lo que decía. Cuando estaba contenta, por apreciar a la persona a quien se dirigía, su brillo era suave y envolvente. Si las circunstancias exigían posturas serias, relucían de modo profundo, cargado y definido. El movimiento de sus ojos, siempre acompasado, revelaba un interior sin efervescencias, que reflejaba muy bien su templanza.

Quien la conoció jamás olvidará la armoniosa suavidad de su melodiosa voz, modulada conforme el tema y el estado de espíritu de su interlocutor. Las inflexiones eran dulces, variadas y acogedoras.

A veces procuraba dar realce a las palabras moviendo noble y discretamente sus finas y bien proporcionadas manos: dedos largos, piel alba y sedosa como el armiño. Sabía graduar las manifestaciones de bienquerencia de manera eximia. Un simple saludo suyo era rico en significado.

Todos estos aspectos de su personalidad —mirada serena, pequeños gestos, voz de timbre aterciopelado, sonrisa luminosa— manifestaban lo más íntimo de su alma, inundada por la fe, que habitaba siempre en un pináculo de consideraciones y de perspectivas elevadas. Su modo de ser derivaba de esas alturas, confiriéndole una actitud tal que hacía imposible, a quien quiera que fuese, aproximarse de ella sin sentir un gran respeto hacia su persona.

Elevación y rectitud, con mucha dulzura

Era esto lo que encantaba a su hijo, Plinio. Por ejemplo, cuando entraba en el cuarto de ella para darle los buenos días, o las buenas noches, y pedirle su bendición. El aposento era espacioso, de techo alto, y la cama estaba cubierta de un dosel de madera labrada, del que colgaban dos grandes cortinas de encaje que llegaban casi hasta el suelo.

Plinio, siempre habituado a las correlaciones, se daba cuenta de cómo aquel mueble era perfectamente armónico con el alma de su madre, a la cual, por su elevación, le gustaba verse rodeada de un orden digno y bien dispuesto. El inocente niño también discernía la semejanza entre el agrado de su madre por el dosel y el aprecio que tenía por todo orden de cosas basado en principios que, de modo consecuente, bajasen en cascada hasta los últimos y más ínfimos detalles. Por fin, un factor más que llevaba a Dña. Lucilia a estimar la noble cobertura fijada sobre su lecho: se sentía de alguna manera protegida, correspondiendo tal impresión a un trazo de su mentalidad.

Era notable en Dña. Lucilia el hecho de reunir en sí dos cualidades aparentemente opuestas: al lado de la elevación y rectitud —la elevación no es sino una forma excelente de rectitud—, la dulzura. Ella era elevada porque era dulce y dulce porque era elevada. Son dos cualidades que según el concepto

moderno se excluyen, pues una persona acostumbrada a lo sublime alejaría de sí a los otros, tendiendo a lo severo y a imponerse sin dulzura. Ella era un ejemplo de lo contrario.

Este excelente conjunto de cualidades podían apreciarlo Rosée y Plinio continuamente en su madre, en todas las circunstancias de la vida cotidiana, así como en los mil y un cuidados que ella les dispensaba con el fin de que tuviesen la mejor educación posible.

Visita a un gran estadista del Imperio

Doña Lucilia, por pertenecer a preclaras estirpes —lo mismo que el Dr. João Paulo, su esposo— siempre que se presentaba una oportunidad adecuada, llamaba la atención de sus hijos sobre el deber de seguir los ejemplos de sus mayores, algunos de los cuales se habían destacado por los relevantes servicios prestados al país. Lo hacía con su amenidad habitual, contándoles innumerables historias de familia que constituían el encanto de los niños y hacían cortas las largas veladas de entonces.

Uno de los más célebres entre éstos era el consejero João Alfredo Corrêa de Oliveira —tío de su esposo— cuyas cualidades de gran estadista de la monarquía lo elevaron a los más altos cargos del Estado.

Habiéndosele presentado a Dña. Lucilia la ocasión de ir con sus hijos a Río de Janeiro, donde vivía el consejero, ya de edad avanzada, no quiso que perdiesen la oportunidad de estar con él personalmente. Tal encuentro —juzgaba ella— perduraría en el recuerdo de los niños para toda la vida, constituyendo un estímulo para seguir la ilustre vía del tío abuelo que habían conocido en la infancia.

La visita transcurrió con gran cordialidad y causó una profunda impresión en la mente de los pequeños.

Encuentros así, revestidos de las formalidades exigidas por la vida social de entonces —restos preciosos de los esplendores de antaño— eran muy frecuentes. Hacían parte de la existencia diaria entre las personas de buena familia, que el parentesco, las uniones matrimoniales y los negocios terminaban por relacionar entre sí.

Muy meticulosa en los trajes

Tal vez nos sea difícil evaluar hoy en día la importancia que las personas de aquella época le daban a la manera de vestir. Por ser una sociedad jerarquizada, era normal, e incluso obligatorio, que todos se presentaran condignamente, según su categoría social. Siempre eximia en todo, Dña. Lucilia se amoldaba a ese deber con amor, tanto en lo que respecta a sí misma como a sus hijos. Tenía una noción clara de cómo este proceder ayudaría a crear a su alrededor un ambiente que invitase a la elevación de espíritu y al rechazo de la vulgaridad.

Además, el *age quod agis*[1] —la regla de todas las obras de Dña. Lucilia— estaba presente en sus pensamientos, palabras y actos, no con ansiedad sino con suave y decidido empeño. Es bajo este prisma como se entiende su cuidado en el bien vestir, a fin de respetar los reflejos de Dios presentes en la dignidad humana, pues aquello que San Pablo afirma de un apóstol se aplica a todas las personas: «Estamos hechos para servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres» (1 Cor 4, 9).

«Asistí muchas veces al final de su tocado —contaba el Dr. Plinio algunos años después del fallecimiento de su querida madre—. Recuerdo haberla visto ya lista, sentada delante del tocador. En cierto momento, se levantaba y se arreglaba un poco. Se colocaba delante de un espejo mayor y se miraba detenidamente, con mucho detalle, pero sin presunción. Sin dejar de prestar atención en lo que hacía, mantenía sus pensamientos en altos pináculos. La miraba y pensaba: "¡Qué perfección!"».

En aquel tiempo en que los mejores trajes nunca se vendían ya hechos, vestir bien constituía, a su manera, un arte que exigía no poco esmero. Dña. Lucilia, imaginativa y con muy buen gusto, escogía los tejidos y diseñaba sus propios vestidos, así como los de Rosée, su hija, inspirándose en modelos franceses. Después llamaba a una costurera para hacer las pruebas, lo que no dejaba de ser un pequeño acontecimiento en la rutina doméstica. ✧

Los mil y un cuidados dispensados por Dña. Lucilia fueron fundamentales para la recta formación de sus hijos

Plinio y Rosée en París, en 1912. En la página anterior, Dña. Lucilia en la misma ocasión

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Doña Lucilia*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 169-174.

---

[1] Del latín: «Haz bien lo que haces».

1

2

3

Fotos: Ronny Fisher

México – El 19 de febrero, fieles de origen libanés recibieron a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María en el Centro Libanés, para la misa presidida por Mons. Georges Miled Saad Abi Younes, OLM, obispo de la eparquía de rito maronita en México, y concelebrada por Mons. Joseph Spiteri, nuncio apostólico en el país (fotos 1 y 2). Ese mes, la Virgen de Fátima visitó también la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza, de la capital.

Fotos: Guillermo Castillo

Honduras – Las familias de la ciudad de Intibucá tuvieron la enorme alegría de recibir a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María durante el mes de enero, en una misión mariana realizada en la región. En cada casa se coronó a la imagen de la Virgen y hubo momentos de oración.

Marlon Castellanos

Estevão Mezquita

Guatemala – Desde el 11 de febrero, seis nuevos oratorios del Inmaculado Corazón de María están peregrinando entre las familias de la parroquia de los Santos Reyes y el Señor de Esquipulas, en el municipio de Cuyotenango. La entrega de los oratorios tuvo lugar durante la misa, antes de la cual la imagen peregrina recorrió las calles de la ciudad en procesión.

Jornada Mundial del Enfermo

El día 11 de febrero, Jornada Mundial del Enfermo, misas en honor de Nuestra Señora de Lourdes fueron celebradas en las casas de los Heraldos del Evangelio de todo el mundo. Tras la eucaristía, hubo procesión con el Santísimo Sacramento, bendición por la salud y administración del sacramento de la Unción de los Enfermos para que los que lo necesitaban. En las fotos, distintos aspectos de algunas de esas ceremonias, realizadas en la basílica de San José y Nuestra Señora del Sagrado Corazón (Ciudad de México), en la iglesia de Santa Teresa y San José (Madrid), en la iglesia Madre del Buen Consejo (Ypacaraí, Paraguay), en las casas de los Heraldos de Lima y en las ciudades brasileñas de Salvador de Bahía y Ponta Grossa.

Timothy Ring

Xavier Jacob
Paraguay

Ronny Fisher
México

Xavier Jacob
Paraguay

Guilherme Abili
Brasil

Eric Salas
España

Xavier Jacob
Paraguay

Charles Batista
Brasil (Salvador de Bahía)

Jano Arabena
Perú

Fotos: Amish Coelho

Brasil (Caieiras) – Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena, honró con sus sabias palabras la apertura del año académico del Instituto Teológico Santo Tomás de Aquino y del Instituto Filosófico Aristotélico-Tomista, de los Heraldos del Evangelio, el 28 de enero. El prelado discurrió sobre el sacerdocio, la eucaristía y el celibato clerical.

Roberto Hernández

1

Flavio Grossi

2

Charles Batista

3

Sacramento de la Confirmación – Jóvenes y adultos preparados por los Heraldos del Evangelio recibieron en febrero el sacramento de la Confirmación. Arriba, ceremonias realizadas en la parroquia de Santa Elena, de San Salvador, por Mons. Luigi Roberto Cona, nuncio apostólico en El Salvador (foto 1); en la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, de Mairiporã (Brasil), por Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista (foto 2); y en la casa de los Heraldos de Salvador de Bahía (Brasil), por Mons. Valter Magno de Carvalho, obispo auxiliar de la capital bahiana (foto 3).

Fotos: Delio Almeida

Brasil (São Sebastião) – Con el fin de auxiliar a miles de familias sin hogar debido a las fuertes lluvias que azotaron el litoral norte de São Paulo en febrero, los Heraldos del Evangelio promovieron la recogida de agua potable, víveres y ropa, los cuales fueron distribuidos entre los necesitados a través de la parroquia local.

Fotos: Jano Aracena

Perú – Los Heraldos de esta nación andina recibieron el 6 de enero la visita de Mons. Paolo Rocco Gualtieri, Nuncio Apostólico en Perú, acompañado de Mons. Rastislav Zummer, consejero de la Nunciatura Apostólica. Para la ocasión, el coro de cooperadores hizo una presentación musical en homenaje al prelado.

María Fernanda Aguiar

Jovismar Peixoto

Fernando Machado

Omar García

Valdeci da Silva

Retiros espirituales – Con motivo de los días festivos de Carnaval, se realizaron distintos retiros espirituales para cooperadores y simpatizantes de los Heraldos del Evangelio. Además de las charlas impartidas por sacerdotes heraldos y de los períodos de meditación, los participantes pudieron disfrutar de una bendecida convivencia con Jesús sacramentado. En las fotos, aspectos de los retiros predicados en las ciudades brasileñas de Maringá (foto 1), Nova Friburgo (foto 2), Río de Janeiro (foto 3) y Campos dos Goytacazes (foto 5), así como en Bogotá, Colombia (foto 4).

Perfil de los nuevos religiosos en Estados Unidos

La Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos publicó los resultados de una encuesta sobre el perfil de los religiosos que profesaron votos perpetuos a lo largo de 2022 en ese país. El análisis fue realizado por el Centro de Investigación Aplicada al Apostolado de la Universidad de Georgetown y obtuvo datos reveladores acerca de las tendencias entre los jóvenes que hoy abrazan la vida consagrada, demostrando la importancia de la formación católica en la familia, como primer impulso para la vocación religiosa.

Según la encuesta, realizada a ciento catorce profesos, cincuenta y dos hombres y sesenta y dos mujeres, la edad media de los nuevos consagrados es de 33 años. Entre los entrevistados, el 84% declararon ser hijos de padres católicos, el 91% habían sido educados por una pareja unida por el matrimonio y el 30% tienen un sacerdote o religioso en su familia. Además, antes de abrazar la vida consagrada, el 70% de ellos rezaban con frecuencia el santo rosario y el 77% participaban en la adoración eucarística. En cuanto a la educación, el 48% habían asistido a clases en una escuela de Primaria católica y un 36%, en una universidad católica.

Fátima recibe casi 5 millones de peregrinos

A lo largo de 2022, el Santuario de Nuestra Señora de Fátima, de Portugal, recibió un total de 4.937.294 peregrinos, lo que constituye un aumento del 481,9% con relación al año anterior. El significativo incremento se debe, en gran parte, a la superación de los efectos de la pandemia de la Covid-19.

De acuerdo con las estadísticas del santuario, entre los países que más devotos han enviado se encuentran España, Polonia, Italia, Ucrania, Brasil y Estados Unidos.

Reproducción

Nombrado nuevo prefecto de la Biblioteca Vaticana

El P. Mauro Mantovani, SDB, ha sido nombrado recientemente prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

El sacerdote salesiano, natural de Moncalieri, Italia, es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca, España, y en Teología por el *Angelicum* de Roma; además es miembro de la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino y del Comité Científico de la Agencia de la Santa Sede para la Evaluación y la Promoción de la Calidad de las Universidades y Facultades Eclesiásticas. Desde 2007 es profesor titular de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, donde también ha ocupado los cargos de rector, vicerrector y decano de las Facultades de Filosofía y Ciencias de la Comunicación Social.

Normas disciplinares aplaudidas por padres y alumnos

Olga Narváez, directora del Colegio Misael Pastrana Borrero, de la ciudad de Rivera, Colombia, prohibió terminantemente el uso de teléfonos móviles en las clases, así como las relaciones amorosas entre estudiantes durante el período escolar.

En su discurso de presentación de las normas que rigen la institución, les recordó a los padres, profesores y estudiantes que el manual de conducta incluye estas normas disciplinarias y otras en el mismo sentido respecto al uso de gorras, *piercings* y similares, asegurando que los estudiantes matriculados en el colegio deben obedecer las leyes vigentes, o elegir otro instituto educativo relacionado con sus preferencias personales. Las medidas fueron recibidas con aplausos de los asistentes.

Multitudinario rosario en las calles de Madrid

Desafiando el laicismo y la incredulidad del mundo moderno, más de 3.000 personas participaron en el *Rosario por la Juventud Española*, realizado en la ciudad de Madrid el pasado 11 de febrero. La multitud de devotos recorrió distintas calles del centro de la capital en dirección a la plaza de España, rezando el rosario intercalado con canciones religiosas, mientras sacerdotes escuchaban confesiones y bendecían a los transeúntes que iban a su encuentro.

La iniciativa, que reunió a religiosos y laicos por tercer año consecutivo, contó con la participación del arzobispo de Madrid, el cardenal Osoro Sierra, quien animó a los jóvenes a «dar testimonio público de nuestra fe». Por su parte, Emilio Esteban-Hanza, uno de los organizadores del evento, destacó la importancia de la presencia de símbolos religiosos en una sociedad cada más secularizada, para «que recuerden a todos el sentido trascendente de nuestras vidas y que estamos en este mundo con el objetivo de conquistar el Cielo».

Aeropuerto estadounidense tiene nueva capilla

El Aeropuerto Internacional Hartsfield-Jackson, ubicado en la ciudad estadounidense de Atlanta y considerado uno de los más transitados del mundo, ahora cuenta con asistencia sacramental y una capilla con reserva del Santísimo Sacramento. La bendición del lugar fue realizada por Mons. Gregory

John Hartmayer, OFM Conv, arzobispo metropolitano, el 13 de febrero.

Ubicada en la terminal internacional, permanecerá abierta ininterrumpida, dando servicio a los casi 300.000 pasajeros que pasan por allí diariamente y a los 64.000 empleados.

Sacrílego robo de hostias consagradas en Italia

El 27 de enero, un delincuente forzó la puerta del sagrario y robó un copón de plata que contenía más de cincuenta hostias consagradas, en la basílica de San Vicente y Santa Catalina de Ricci, de la ciudad de Prato, Italia. Las religiosas dominicas que cuidan el santuario constataron lo que había sucedido al percibir los daños en la puerta del sagrario y revisar las imágenes de las cámaras de seguridad.

A pesar de los esfuerzos de los carabineros y de las monjas, las hostias no han sido encontradas. El obispo de Prato, Mons. Giovanni Nerbini, expresó su profunda tristeza por el acto sacrílego y el deseo de promover una adoración al Santísimo Sacramento y una misa en reparación por esta profanación más, que ultraja la fe católica y la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

Joven cristiana atacada con ácido en Pakistán

Sunita Masih, una pakistaní de 19 años, fue brutalmente agredida con ácido por un vecino suyo musulmán, Kamran Allah Bux, tras negarse a aceptar su propuesta de matrimonio y conversión al islam. La joven tenía cerca del 20 % de su cuerpo quemado y el ataque la dejará marcada de por vida.

A pesar de los esfuerzos de numerosas organizaciones religiosas y activistas por la seguridad de las mujeres pakistaníes pertenecientes a minorías religiosas, entre 2007 y 2022 se registraron más de 1.500 agresiones similares.

facebook.com/ilgits?fref=nf

En la tragedia, un signo de esperanza

El catastrófico terremoto de magnitud 7,8 en la escala de Richter que asoló Turquía el pasado 6 de febrero dejó decenas de miles de muertos y desaparecidos, y sumió al país en un panorama de desolación. Sin embargo, un signo de esperanza permaneció en pie en medio de la devastación general: en la ciudad de Alejandreta, una imagen de la Virgen María permaneció ilesa entre las ruinas de la catedral de la Anunciación, la iglesia principal del Vicariato Apostólico de Anatolia.

«Ahora las piedras vivas que necesitan atención están aquí, y con la ayuda de Dios lo podremos reconstruir todo», declaró el P. Antuan Ilgit, SJ, al compartir fotos del sorprendente hecho en las redes sociales. Según el sacerdote, la imagen servirá de estímulo para afrontar los próximos acontecimientos bajo la protección de la Virgen.

Publicado un estudio acerca de la persecución de los cristianos en China

Un informe publicado el pasado 14 de febrero por la organización estadounidense China Aid, revela datos poco alentadores sobre la situación que viven los cristianos en China. El documento evalúa en sesenta y tres páginas la información recopilada a lo largo de 2022 respecto a la presión ejercida por el Partido Comunista Chino. Según el estudio, los altos mandatarios del país obligan cada vez más a los fieles a someterse a la ideología política del Gobierno, utilizando medios como la demolición sistemática de iglesias, penalizando las reuniones de culto con multas exorbitantes, negando los derechos fundamentales a los ciudadanos cristianos o arrestando a líderes religiosos que resisten.

Especialmente alarmante es el número de desaparecidos entre clérigos, incluidos obispos, y laicos. Muchos católicos fueron arrestados arbitrariamente en todo el país, recibiendo sentencias desproporcionadas, sin derecho a defensa, sin asistencia médica y sin contacto con sus familiares.

¡Escucha ese consejo!

Ilustraciones: Giuliana D'Amaro

El avión se hallaba repostando mientras eran hechas las últimas comprobaciones. Pero ¿realmente estaba todo listo para el despegue?

María Clara da Costa Custodio

«Teniente primero Louis Laforge, su obediencia, competencia y destreza en los entrenamientos y combates le han valido un ascenso. Tengo el honor de nombrarlo capitán de la Junta de Aviación de la Fuerza Aérea Francesa».

Corría el año de 1944, en plena Segunda Guerra Mundial. Tal noticia era de gran consuelo para quien se encontraba en medio de numerosas batallas. Desde su ingreso en el Ejército, Louis deseaba servir por completo a lo que tanto amaba: su patria, cuna de reyes intrépidos y ejemplos de fe, como San Luis IX, y de campesinos aguerridos que, deseosos del triunfo de la fe católica, derramaron su sangre en las luchas de la Vendée.

El capitán Laforge poseía mucha experiencia. Servía en la Fuerza Aérea desde hacía dos décadas. Las tareas rutinarias las ejecutaba con los ojos cerrados: poner en marcha el avión, ajustar los blancos de tiro, comprobar la altitud y la reserva de combustible para el desplazamiento, verificar el funcionamiento de la aeronave, etc.

El 30 de abril, el nuevo capitán es llamado al despacho del mayor. Mientras se dirige allí, le vienen a la mente pensamientos como: «¿A qué misión me convocará el comandante? Siempre es muy sabio, seguramente habrá elegido que ataque el cuartel general enemigo, o bien una base secreta, o incluso…». A cada paso le surgía una nueva idea.

Entra en la oficina, saluda y permanece firme hasta que su superior le dé permiso para descansar.

—Le voy a conceder una recompensa por los nobles servicios prestados a nuestra compañía. Mañana llegará un subteniente; se llama Bernard-Jean y le ha sido asignado como auxiliar suyo. Mientras esté bajo sus órdenes, deberá instruirlo gradualmente en el arte de la guerra, a fin de que se convierta en un buen aviador, pues formará parte de nuestro equipo.

—Pero, mi mayor, llevo dos décadas sirviendo a la Aviación y nunca he necesitado un ayudante. Pienso que ahora tampoco es el momento de tener uno…

—Capitán Laforge, cuando ascendemos en los rangos de la oficialidad, todos nosotros, tanto expertos como novatos, precisamos de un asistente en los quehaceres comunes para poder dedicarnos a las tareas más importantes, para el bien del conjunto. Por mucho que aún no tenga la preparación suficiente, estoy seguro de que usted se beneficiará de esta convivencia y aprenderá nuevos principios con respecto al mando.

Sin osar plantear más objeciones, Louis saluda y acata la orden dada:

—¡Sí, señor!

—Se puede marchar.

A la mañana siguiente el capitán se dirige a la entrada de la base aérea, para encontrarse con su auxiliar. El joven oficial está esperando y con la mirada recorre todos los rincones en busca de su jefe inmediato. Louis se acerca y le dice:

—¿Es usted el subteniente Bernard-Jean?

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes! Listo para obedecerlo en lo que haga falta.

—Muy bien. Empezaremos en una hora.

El joven se va, se arregla rápidamente y regresa, ansioso, para cumplir con su deber. Cada día que pasa, aprende con más avidez todo lo que se le transmite y se esfuerza al máximo por ser un apoyo para su superior.

Tres semanas después, el mayor reunió a los oficiales y les anunció el próximo enfrentamiento:

—Ayer recibimos la orden de atacar un importante objetivo enemigo. Se utilizarán treinta aviones de caza, y otro de transporte para llevar municiones, víveres y suministros a la base aérea que nos servirá como plataforma de ataque. Ahora sigue la alineación de los comandantes: el coronel Romuald coordinará el grupo de…, el teniente primero Thomas estará al cargo de…

Y fue leyendo toda la lista. Por último, el mayor concluyó:

—El capitán Louis Laforge se encargará de las municiones y los víveres; el subteniente Bernard-Jean estará al servicio de Laforge en lo que necesite. Ahora reúnanse todos los comandantes conmigo; les daré detalles del plan.

«¡Caramba! —pensó consigo el capitán—, este muchacho ignorante va a entorpecer mi trabajo. Fíjate: porque siempre tengo que quedarme con él, ¡he acabado siendo asignado para una misión de quinta categoría! Podría estar en la vanguardia del ataque, pero he acabado en la intendencia… ¡De verdad que…!». Lamentos de esta clase poblaban su espíritu, aunque su comportamiento exterior era el de un perfecto soldado.

Al día siguiente, al rayar la aurora, todos subieron a sus respectivas aeronaves. El avión de Laforge aún estaba repostando, mientras el piloto ajustaba el asiento y hacía las comprobaciones necesarias.

—¿Les ha pedido usted a los mecánicos que revisaran las piezas vitales de la maquinaria? —preguntó su auxiliar.

—No hace falta. Antes de embarcar, yo mismo lo he verificado todo. Ajusté algunas cosas y comprobé, por mis años de experiencia, que podemos viajar con seguridad.

—Pero mi capitán, usted me ha enseñado que es bueno pedirle al técnico que revise el avión, para que así nos certifiquemos de que está todo en orden para el vuelo. Si hay algún problema, no seríamos nosotros únicamente los perjudicados, sino todo el ejército, que cuenta con el material que llevamos a bordo.

Louis, reacio a reconocer que había actuado mal, le respondió con impaciencia:

—Teniente. Si se queda más tranquilo con la inspección del mecánico, entonces llámelo. Pero dese prisa, porque falta poco para el despegue.

Bernard salió apresuradamente en busca del especialista, y en cinco minutos ambos ya estaban comprobando cada parte del avión. En este ínterin, Laforge decía para sus adentros: «Hum…¿Y si encuentran algún fallo? ¡Menuda vergüenza voy a pasar!». Enseguida el amor propio se impuso y concluyó: «¡No, hombre! ¡Tengo suficiente experiencia y he verificado que no hay ningún problema! Ni que ese chico me fuera a sorprender con algo errado. El que está aprendiendo es él, no yo; ¡venga ya!».

Tras inspeccionar el avión del capitán Laforge, el mecánico comprobó que, de hecho, había un problema en la aeronave

Louis oyó con impaciencia la petición de su joven auxiliar, irritado por haber sido cuestionado

—¡Mi capitán! —gritó el mecánico.

—¿Qué sucede?

—Va a tener que atrasar su salida. Hay una hélice cuya juntura está defectuosa. ¡Vaya peligro, eh! Se podría haber desprendido durante el trayecto y hubiera acarreado graves consecuencias…

Tratando de ocultar su vergüenza y dignidad herida, Laforge accedió al arreglo.

Una vez completadas las reparaciones, Louis y Bernard-Jean se instalaron en la cabina para iniciar el despegue. Aquel era un momento que exigía del capitán valentía, pero no para levantar vuelo y dirigirse a la guerra, sino para vencer su propia soberbia y hacer un acto de humildad:

—Teniente Bernard-Jean —susurró.

—¡A sus órdenes, señor!

—Mire, tengo que agradecerle su ayuda, pues hoy he aprendido una lección que me ha faltado en estas dos décadas de servicio: nunca podemos querer abarcarlo todo sin el auxilio de quienes están bajo nuestro mando. A su manera, los jóvenes también son capaces de enseñarnos a los veteranos, siempre que exista una dedicada lealtad a su ideal. ¡Enhorabuena por su actuación, compañero! Y, ¡muchas gracias! ✧

Los santos de cada día

1. Beato Carlos de Austria, rey (†1922). Habiendo padecido con heroísmo católico la caída del Imperio austrohúngaro después de la Primera Guerra Mundial, falleció exiliado en la isla de Madeira, Portugal.

2. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

San Francisco de Paula, eremita (†1507 Castelo de Plessis-les-Tours, Francia).

Santa Teodora, virgen y mártir (†307). Joven de 18 años detenida, torturada y arrojada al mar por haber dado muestras de apoyo y veneración a los cristianos llevados al tribunal en Cesarea de Palestina.

3. San Nicetas, abad (†824). Hegúmeno del monasterio de Medikion, en la actual Turquía, sufrió persecuciones por haber defendido con denuedo el culto a las imágenes sagradas.

4. San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia (†636 Sevilla, España).

San Pedro de Poitiers, obispo (†1115). Entusiasta de la integridad y de la justicia, denunció y excomulgó al rey Felipe I por contraer irregularmente segundas nupcias.

5. San Vicente Ferrer, presbítero (†1419 Vannes, Francia).

Santa Irene, virgen y mártir (†304). Nacida en Tesalónica, se convirtió al cristianismo junto con sus hermanas Ágape y Ciona. Fue quemada viva durante la persecución de Diocleciano.

6. Jueves Santo en la Cena del Señor. Institución de la Sagrada Eucaristía.

Beato Notkero Bálbulo, monje (†912). Estuvo casi toda su vida en el monasterio de San Galo, en la actual Suiza, donde compuso numerosos poemas litúrgicos. Grácil de cuerpo pero no de ánimo, tartamudo de voz pero no de espíritu; asiduo en la oración, en la lectura y en la meditación.

7. Viernes Santo en la Pasión del Señor.

San Juan Bautista de la Salle, presbítero (†1719 Ruan, Francia).

San Hermann Joseph, presbítero (†1241/1252). Religioso del monasterio premonstratense de Steinfeld, Alemania, donde brilló por su amor a la Virgen María y su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

8. Sábado Santo de la Sepultura del Señor.

Beato Julián de San Agustín, religioso (†1606). Miembro de la Orden de los Hermanos Menores Descalzos, incomprendido por el modo como praticaba austeras penitencias.

9. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.

Santa Casilda, virgen (†1075). Nacida mahometana, ayudó compasivamente a los cristianos encarcelados y después siguió la vida cristiana en la soledad eremítica cerca de Briviesca, España.

Reproducción

Santa María de la Encarnación Guyart - Museo de Bellas Artes, Quebec (Canadá)

10. Santos Terencio y compañeros, mártires (†c. 250). En la persecución del emperador Decio, sufrieron crueles tormentos y fueron decapitados por practicar la fe cristiana.

11. San Estanislao, obispo y mártir (†1079 Cracovia, Polonia).

Santa Gema Galgani, virgen (†1903). Mística llena de ardor por la cruz de Cristo, que tuvo como privilegio recibir los estigmas de la Pasión.

12. San José Moscati, laico (†1927). Médico de prestigio, no le cobraba nada a los enfermos pobres y, atendiendo a los cuerpos, curaba a la vez las almas. Falleció con 47 años en Nápoles, Italia.

13. San Martín I, papa y mártir (†656 Quersoneso, Ucrania).

Beata Ida, viuda (†1113). Madre de Godofredo de Bouillon. Habiendo enviudado de Eustaquio II, conde de Bolonia, Francia, se dedicó por entero a las obras de piedad y de caridad.

14. San Bernardo de Tiron, abad (†1117). Superior del monasterio de Tiro, cerca de Chartres, Francia, instruyó y encaminó a la perfección evangélica a los numerosos discípulos que a él acudían.

15. San Abundio, laico (†c. 564). Desempeñó con fidelidad y humildad el oficio de mayordomo de la iglesia de San Pedro, según narra el papa San Gregorio.

16. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

San Benito José Labre, peregrino (†1783). Deseoso de llevar una vida de penitencia, emprendió exhaustivas peregrinaciones a santuarios célebres, pobremente vestido y viviendo de limosnas. Falleció en Roma, con 35 años.

17. Santa Catalina Tekakwitha, virgen (†1680). Nacida en la región de Quebec, Canadá, sufrió vejaciones y amenazas por haber aceptado el Bautismo y ofrecido a Dios su virginidad.

18. Beata María de la Encarnación Avrillot, religiosa (†1618). Madre de familia ejemplar, abrazó la vida religiosa tras la muerte de su marido. Introdujo en Francia la reforma carmelita, fundando cinco monasterios.

19. San León IX, papa (†1054). Como obispo de Toul, Francia, defendió arduamente los derechos de la Iglesia. Electo Papa, convocó varios sínodos para reformar el clero y extirpar la simonía.

20. San Anastasio de Antioquía, obispo y mártir (†609). Patriarca de Antioquía, en la actual Turquía, cruelmente asesinado por sicarios en tiempo del emperador bizantino Focas.

21. San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia (†1109 Canterbury - Reino Unido).

San Conrado de Birndorfer Parzham, religioso (†1891). Joven de rica familia de Baviera, Alemania, se hizo capuchino y ejerció con humildad, durante más de cuarenta años, el oficio de portero del convento.

22. Santa Senorina, abadesa (†c. 980). Descendiente de noble familia de Braga, Portugal, tomó el hábito en el monasterio benedictino de San Juan de Vieira, del que fue superiora.

San Vicente Ferrer - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona (España)

23. III Domingo de Pascua.

San Jorge, mártir (†s. IV Palestina).

San Adalberto, obispo y mártir (†997 Tenkitten, Rusia).

Beato Egidio de Asís, religioso (†1262). Animado por el ejemplo de algunos amigos, se hizo discípulo de San Francisco y lo acompañó en sus predicaciones.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir (†1622 Seewis, Suiza).

Santa María de Santa Eufrasia Pelletier, virgen (†1868). Para acoger misericordiosamente a las mujeres de mala conducta arrepentidas, llamadas «Magdalenas», fundó en Angers, Francia, el Instituto de las Hermanas del Buen Pastor.

25. San Marcos, Evangelista.

San Juan Piamarta, presbítero (†1913). Fundó en Brescia, Italia, el Instituto de los Pequeños Artesanos y la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret.

26. Nuestra Señora del Buen Consejo.

San Cleto (†88). Segundo sucesor de San Pedro en presidir la Iglesia Romana.

27. Beata Catalina de Montenegro, virgen (†1565). Bautizada cuando niña en la Iglesia Ortodoxa, se hizo terciaria dominica y vivió cincuenta y un años en una estrecha celda junto a la iglesia de San Pablo, de Kotor, Montenegro.

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841 Futuna, Oceanía).

San Luis María Grignion de Montfort, presbítero (†1716 Saint-Laurent-sur-Sèvre, Francia).

Santos Pablo Pham Khac Khoan, Juan Bautista Dinh Van Thanh y Pedro Nguyen Van Hieu, mártires (†1840). Sacerdote y catequistas en Vietnam, fueron torturados y decapitados después de haber pasado tres años en la cárcel.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (†1380 Roma).

San Tíquico. Discípulo del apóstol San Pablo, de quien mereció ser llamado «hermano querido y ministro fiel del Señor» (Ef 6, 21).

30. IV Domingo de Pascua.

San Pío V, Papa (†1572 Roma).

Santa María de la Encarnación Guyart, religiosa (†1672). Tras la muerte de su marido, hizo la profesión religiosa en el convento de las ursulinas de Tours, Francia. Fundó en Canadá un convento dedicado a la educación de las niñas aborígenes.

¿Como granos de arena?

Hay en ella hermosos aspectos que merecerían ser destacados. Sin embargo, a partir de un pormenor de su constitución podemos reflexionar sobre ciertas actitudes nuestras.

Hna. Paula Carvalho Defanti da Silva, EP

Abandonados al calor abrasador del sol, que irradia su máximo fulgor, los granos casi insignificantes de una tierra infértil forman los desiertos y las playas que se extienden por el orbe: la abundante arena, incapaz de retener la elevada temperatura que recibe durante horas, se esparce por los continentes y está a merced del viento, que la aleja de donde originalmente estaba.

Entre grano y grano no existe conexión alguna; no hay hermandad o vínculo, ni siquiera una relación mutua. Cada cual parece ignorar la extensa sociedad de la que forma parte. Bajo el efecto del agua se junta, es cierto, pero no constituyen una unidad. Se separan fácilmente uno del otro, para sentirse *chacun dans sa chacunière*.[1]

Hay aspectos muy bonitos en la arena que podríamos destacar, pero partamos de ese pormenor de su constitución para reflexionar sobre ciertas actitudes nuestras y preguntarnos si actuamos bien o mal, moralmente hablando.

Como seres inanimados, esos granitos no tienen conciencia de su «individualismo», ya que se trata de una característica de la naturaleza con la que Dios los creó. Sin embargo, con nosotros no ocurre lo mismo cuando, en nuestras relaciones sociales, vivimos de manera egoísta como granos de arena… ¿Saldremos indemnes de los males que tal conducta implica?

Todos, sin excepción, hemos sido insertados en alguna sociedad: una familia, una religión, una escuela, un trabajo, un círculo de amistades, una vocación religiosa… No obstante, aunque estemos cercanos unos de otros e incluso eventualmente realicemos alguna tarea o misión compartida, podemos caer en la tendencia de ir preocupándonos tan sólo de nuestros propios intereses, sin llegar a establecer un auténtico vínculo de alma con los demás.

Y este deplorable modo de proceder no dejará de tener consecuencias… La primera de ellas es el riesgo de que no desarrollemos nuestra personalidad, pues únicamente alcanzamos la plenitud de nosotros mismos junto a los demás, nunca solos.

Por otra parte, el egoísta está expuesto a ser arrastrado por cualquier vendaval, ¡con perjuicio para su vida terrena y eterna! En efecto, ¿quién logrará superar los sufrimientos de la existencia presente y alcanzar el Cielo apoyado tan sólo en sus propias fuerzas? Ya el Eclesiastés dejó consignada la siguiente enseñanza: «Si uno cae, el otro lo levanta; pero ¡pobre del que cae estando solo, sin que otro pueda levantarlo!» (4, 10).

Al contrario, resistiremos invictos si sabemos apoyarnos en el prójimo, cuando nuestra relación se basa en el amor a Dios. Amparándonos mutuamente, y asumiendo la flaqueza o la alegría ajenas como propias, no nos veremos abatidos ante desastres interiores o exteriores, sino que, unidos a nuestros hermanos en la fe, resistiremos como un acantilado que enfrenta incólume huracanes y mares embravecidos. Observemos la roca y lo comprobaremos: es firme porque constituye un único elemento; al disgregarse se vuelve arena, que vaga sin rumbo por donde el viento la lleva.

Hagamos un propósito en esta rápida meditación: ¡nada de egoísmos! Entreguémonos a los demás, interesémonos por ellos, consolidemos con nuestro prójimo vínculos de verdadera caridad. Apartemos la mirada de nosotros mismos para fijarnos en quienes podamos auxiliar. Tal decisión atraerá gracias para nuestra santificación y la de los demás, y concurrirá a que los planes de Dios se cumplan en la Historia. ✧

---

[1] Locución francesa que suele utilizarse para expresar disposiciones egoístas, en el sentido de que «cada uno va a lo suyo».

Iago Casabell González (CC by-sa 4.0)

Hamza-sia (CC by-sa 3.0)

Fotos: Regi Kunz (CC by-sa 4.0)

Arriba, Parque Cultural Ahaggar (Argelia); debajo, diferentes muestras de granos de arena del Museo de Wiesbaden (Alemania). De fondo, arena de la playa de Morouzos, Ortigueira (España)

Sumario

Santa Gema Galgani,
a la edad de 21 años

Reproducción

La fisonomía de Santa Gema Galgani expresa algo extraterrenal.

Es una representación física, corpórea, de la mujer fuerte del Evangelio: una perla rara, de un valor incalculable, que vale la pena ir hasta los confines del universo para encontrarla.

Plinio Corrêa de Oliveira